Por el y por mi

Comedia en tres actos

por

Ventura de la Vega

PUBLICADA EN ALEMAN POR EL PROFESOR FEDERICO HOTTENROT

CUADERNO 265 DE 4 REALES

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

POR ÉL Y POR MÍ.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

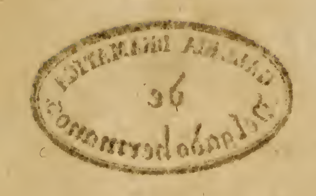
DON VENTURA DE LA VEGA.



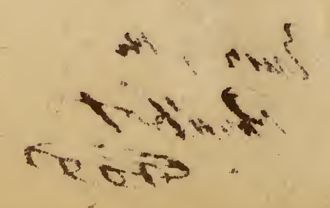
MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
BELANCOUR.	*D. Luis Fabiani.*
PABLO.	*D. Florencio Romea.*
MORAN.	*D. Julian Romea.*
LUCAS BELTRAN.	*D. Antonio Guzman.*
CAROLINA DE VERLIEU.	*D.ª Matilde Diez.*
HIPÓLITA MORAN.	*D.ª Gerónima Llorente.*
CONSTANZA.	*D.ª Concepcion Valero.*
FELIX.	*D. Lorenzo Paris.*
UN CRIADO.	*D. Juan Fernandez.*







Acto primero.

Galeria abierta á un jardin. Escalinata á un lado con macetas de flores. Sillas.

ESCENA PRIMERA.

PABLO; *luego* FELIX.

(*Pablo está sentado, mirando caviloso el sobre de una carta que tiene en la mano: luego se levanta.*)

Pablo. Sí, sí; mas vale escribirla: de palabra nunca me atreveria. Luego, quién sabe tampoco si ella querria oirme... y lo que es una carta, la leerá. (*A Felix que atraviesa por el foro.*) Ah! Felix, toma esta carta que han traido para la señora de Verlieu.

Felix. Pero si hace quince dias que se marchó de esta quinta.

Pablo. No importa... ella debe volver, y quizá no esté yo aqui para dársela... Con que toma, y cuidado, no dejes de entregársela en cuanto llegue.

Felix. Bien está.—Calla! ya llegan los huéspedes á la quinta... Vamos! gracias á Dios que va usted á tener compañia. (*Vase.*)

Pablo. Dios me asista! Ya vienen aqui los vecinos amigos de mi tio!... Yo que me hallaba tan bien en esta soledad desde que ella se fue!

ESCENA II.

MORAN. HIPÓLITA, *del brazo.* PABLO. LUCAS BELTRAN.

Moran. Hola! Pablito!... parece que se va un hombre fortaleciendo!... esa cara es buena!

Pablo. Sí: voy cada dia mejor.

Beltran. No hay que fiarse, ni andar jugando con la salud. Ya que hay gentes en este mundo que se suicidan por un quítame allá esas pajas, tambien debe haber hombres de energía y de valor que se cuiden mucho y tengan apego á la vida. El cuidarse uno es cosa muy moral y muy cristiana! Hombre, un viajecillo te sentaria bien: vente conmigo á Paris... Yo me voy esta tarde; porque me han aconsejado que haga ejercicio. Voy allá á consultar á un buen médico; porque los de estos pueblos no entienden jota. Ninguno de ellos sabe qué medicamentos mandarme.

Hipólita. Pues qué, está usted enfermo?

Beltran. No señora; pero debo estar en vísperas... porque hace ya muchos años que estoy bueno; y quiero tomar precauciones.

Moran. (*A Pablo.*) Sabes que tú has estado de mucho peligro?

Beltran. Y no es verdad que te han servido de mucho mis consejos? Sobre la postura que debias guardar en la cama; sobre los grados de luz que debia haber en la alcoba; sobre los casos en que se debe cerrar la boca y respirar solamente con las narices...

Moran. Vamos, señor Beltran, no nos hagamos ilusion; que no hemos sido nosotros los que hemos curado á Pablo.

Beltran. Ya sé, ya sé que Pablito no debe su curacion ni á nosotros ni al médico, sino al esmero y á los cuidados de una muger amable.

Moran. Encantadora!

Hipólita. (*Pellizcándole.*) Eh!... quién te mete á tí á hacer esas observaciones?

Moran. (*Soltando el brazo.*) Ay!

Pablo. Qué es eso?

Moran. Nada!... mi esposa!... que segun su inveterada

costumbre no quiere que me parezcan amables las mugeres que lo son...

Hipólita. Es que para este tonto lo son todas.

Moran. (*Con intencion.*) No, hija mia!... todas no!

Beltran. Cómo! Señora! No le ha admirado á usted el esmero y el cariño con que ha asistido al pobre Pablo la señora Carolina de Verlieu? Pues yo, vamos, es cosa que me ha entusiasmado! Yo no sé si es hermosa ni discreta... eso no lo he reparado, ni me importa un bledo: pero digo y repito que esa muger es el tipo que yo tengo acá de la muger perfecta, de la muger ideal, cuya mision en este mundo... es curar los enfermos.

Hipólita. Pues yo no veo en eso nada de estraordinario. Pregúntele usted á mi marido lo que yo soy cuando está enfermo.

Moran. Oh! eso es verdad! debo hacerla esa justicia! Cuando estoy enfermo en cama, soy feliz!... porque entonces, como no tiene zelos, está tan amable!... A medida que me voy empeorando se va ella poniendo tan cariñosa, tan blanda!... Pero empiezo á mejorarme... y empieza ella á gruñir!... de modo que cuando la veo hecha un basilisco, pellizcándome y arañándome... entonces conozco que estoy perfectamente bueno.

Hipólita. Ya! porque asi què está bueno, empieza á hacer de las suyas.

Beltran. Lo que tiene mas mérito en este caso, es que Pablo era persona indiferente para esa señora; pues aunque son algo parientes, creo, si no me engaño, que ella no le habia visto en su vida.

Pablo. Es cierto... todo eso es cierto. A no ser por la llegada de semejante...

Beltran y *Moran.* Angel!

Hipólita. (*Pellizcando á su marido.*) Dale!

Pablo. Creo que me hubiera muerto; porque me hallaba solo en la quinta... mi tio y mi prima Constanza habian marchado el dia antes.

Moran. Vamos, fue la Providencia quien envió aqui á esa... señora! Bendita sea...

Hipólita. Quién? quién?...

Moran. La Providencia, muger! Tambien tienes zelos de la Providencia?

Pablo. Ya no deben tardar en volver...

Moran. (*Mirando á un lado.*) Toma! Ya vienen por allí!... sí... ellos son... Ya veo á la señorita Constanza.
Pablo. (*Aparte.*) Qué pronto!
Hipólita. Siempre es la muger lo que tú ves primero!
Moran. Cuando la muger está sola!...
Hipólita. Viene con el tio!
Moran. Pero el tio viene detrás.
Hipólita. A su lado, á su lado viene, muy visible!...
Moran. Muger! eres intoler...
Hipólita. Eh?
Moran. Intolerante... intolerante!

ESCENA III.

DICHOS.—BELANCOUR. CONSTANZA.

Belancour. Oh! caballeros!...
Pablo. (*Turbado.*) Tio!... mi querida Constanza!...
Beltran. Belancour, tengo que hablarte... pero luego, luego... Ahora dejémoslos en familia.
Moran. Sí, sí, retirémonos.
Belancour. (*A un criado.*) Que dispongan el almuerzo para los presentes. (*Se va el criado.*) Eh? no les parece á ustedes?
Moran. Con mucho gusto! (*A Hipólita.*) No te parece, paloma?
Constanza. Pero tio, no repara usted á Pablo?... qué es lo que tiene?...
Beltran. No lo estrañe usted... ha estado malo.
Constanza y *Belancour.* Malo?
Pablo. Y de cuidado!... al dia siguiente de marcharse ustedes. No sé qué me dió; pero tuve una calentura y un delirio cruel! Todos estos señores se asustaron: el médico estaba aturdido... Cuando de repente se presenta una muger y se coloca á la cabecera de mi cama.
Belancour. Una muger?
Pablo. Una prima, que yo no conocia.... Carolina de Verlieu.
Belancour. Ah! ya!... la viudita! Es verdad: me escribió que vendria esta primavera á pasar unos dias á la quinta. Yo no la conozco: no la ví mas que una vez, cuan-

do tenia diez ó doce años. Ahora debe ya tener sus treinta largos de talle.

Hipólita. Treinta y ocho, lo menos!

Moran. Qué!... Treinta y uno es lo mas...

Pablo. Veinte y ocho, á lo sumo!

Belancour. Teniamos que tratar acerca de las particiones de la dehesa de San Calisto: á eso venia; pero si ella es muger amable y de razon, no la pondré pleito.

Pablo. Qué dice usted?... pleito!... pleito á esa muger!... Oh! eso seria una iniquidad! Debe usted acceder á cuanto proponga, tio, sin disensiones, ni pleitos... sabe usted que la debo la vida!

Belancour. Escelente prima!

Pablo. Si usted la hubiera visto! una muger tan delicada, que estará indudablemente acostumbrada á vivir con lujo y verse servida al pensamiento, hacerse violencia y pasar las noches enteras á mi lado sin pegar los ojos!... Luego, en algunos ratos que la fiebre se disminuia y recobraba yo un tanto los sentidos, oia de su boca unas palabras tan dulces, tan consoladoras! En fin, tio, lo que la medicina no pudo lograr, agotando todos sus recursos para proporcionarme un sueño apacible que reparase mis fuerzas, aquel angel consolador lo conseguia, sin mas que estrechar mi mano entre las suyas, hablarme y mirarme. Solo con eso me curaba. Su mano, su voz, sus ojos derramaban en mis sentidos un bálsamo celestial, que me adormecia insensiblemente; y si soñaba era con objetos dulces y agradables: soñaba con la realidad... soñaba que tenia mi mano entre las suyas, que me hablaba, que me miraba!...

Beltran. Eso me gusta! este joven sabe cuidarse.

Constanza. Pues vamos á verla: yo quiero darla las gracias de que haya salvado á mi futuro esposo.

Pablo. No está aqui.

Belancour. Cómo!

Pablo. Tuvo que marcharse apenas me vió fuera de peligro; pero me ofreció volver pronto.

Belancour. (*A Felix.*) Felix, prepárala ese pabellon para que se aloje en él, cuando venga.

Pablo. Es cosa singular! Me acuerdo de ella como de un sueño... y si estos amigos que siguieron despues asis-

tiéndome en mi convalecencia, me dijeran que lo habia soñado, lo creeria; tal es la manera vaga y fantástica con que su imagen se presenta á mi memoria.

Belancour. Y qué me dices de tu prima? Mira, mira qué colores tiene! Quién diria que acaba de andarse cien leguas? Pues á la ida, llegó tan pálida, tan cansada... y eso que la misma distancia hay de aqui á Paris, que de Paris aqui. Tú sabrás á qué atribuir ese fenómeno, sobrino mio?

Pablo. Cuando ustedes se fueron hacia mucho calor, y ahora...

Constanza. (*Picada.*) Hola!... esa es la causa, eh? Pues si tú lo atribuyes á eso, no seré yo quien te desmienta.

Pablo. Prima...

Constanza. Vamos, no me acordaba que has estado malo.—Sí, Pablo, por qué habia de ser mi trizteza al llegar allá, sino por la pena de dejarte? Era la primera vez que nos separábamos, despues de diez años de vivir aqui juntos, en compañia de nuestro buen tio, que viendo nuestro mútuo cariño trató de unirnos con un lazo tan dulce como eterno!... Vamos, quieres mas amabilidad y mas llaneza de mi parte?

Belancour. Con que, Pablo, á ver si te restableces enteramente, y dentro de un mes, te entrego este tesoro.

Moran. Tesoro de hermosura y de juventud!...

Hipólita. Eso que no has de meter tu cucharada!

Moran. Pues bien, muger, he dicho mal: la niña no es hermosa, ni es joven... no señor... es fea y adulta, y enfermiza... y todas las mugeres son flacas y viejas... escepto tú solita! Estás contenta?

Hipólita. Calla!

Felix. El almuerzo está en la mesa.

Belancour. Vamos, señores, vamos á almorzar.

Constanza. (*A Pablo.*) Te pondrás á mi lado?

Pablo. Sí, prima mia!... sí!—(*Aparte.*) Qué tortura! (*Aparte á Felix.*) Si la señora de Verlieu llega, no te olvides de entregarla... (*Vanse todos.*)

Felix. Ay! Dios mio!... Dónde he puesto yo la dichosa carta?... Si la habré perdido!... Pues tendria chiste!...—Calle!... y alli viene justamente la señora á quien tengo que entregársela!... Sí, ella es!.... (*Hallando la carta.*) Ah! aqui está.

ESCENA IV.

FELIX. CAROLINA. *Una doncella con cajas de carton.*

Carolina. Ah! es usted Felix!... buenos dias.
Felix. Señora... esta carta me han dejado para usted.
Carolina. Una carta!
Felix. Y urgente.
Carolina. Y qué tal van los enfermos por aqui?
Felix. El señor Pablo ya está restablecido: y el amo acaba de llegar con la señorita Constanza.
Carolina. Hola! ha llegado? (*Aparte.*) Ya lo sabia yo.
Felix. Ahí tiene usted ese pabellon que es el que la destina el amo: voy á anunciar su llegada de usted: estan almorzando.
Carolina. No, no: no los incomode usted. (*Vase Felix.*) Entra tú, y espérame. (*Vase la doncella al pabellon.*)

ESCENA V.

CAROLINA.

Pablo se ha restablecido! No lo dudaba. Amable joven!... tendré mucho gusto en verle; me envanezco al pensar que su salud es obra mia. Es cosa singular; se cobra doble cariño á aquella persona á quien se la ha hecho un beneficio. Ay! que ya me olvidaba de la carta. (*La abre y lee para sí.*) Calla! (*Sonriendo.*) esto es una declaracion!.. Ya, ya; por eso decia el criado... Oh! estas cartas siempre son urgentes. Vamos, ya sé lo que será. Así que Pablo empezó á restablecerse, me marché, por no quedarme sola con él, fingiendo que tenia quehaceres: recorrí varias posesiones de esta comarca... Conocidos antiguos... y habré encendido, sin querer, una pasion violenta en algun corazon campesino. Y atreverse á escribírmelo, sin mas ni mas!... Verdad es que á una viuda todos se atreven... no hay peligro. (*Lee y se rie.*) Ah, ah!.. pasion!.. Vamos, pues como estilo campesino no es tan malo!... (*Lee alto.*) «La debo á usted la vida!" Ah, ah! todos dicen lo mismo; todos estan al borde de la tumba, cuando una aparece y los

vuelve á la vida... y todos se mueren si una les niega su amor! Y qué sucede? que les niega una su amor, y viven sus setenta años con una salud de bronce... Ay! qué hombres! qué hombres! (*Vuelve la hoja.*) «La debo á usted la vida, señora, pues á no ser por sus cuidados...» (*Poniéndose formal.*) Dios mio!.. qué es esto! — A ver la firma... Pablo! Pablo!... Es posible!... qué conflicto!.. Tendré que curarle tambien de esta enfermedad... Y lo que es para esta no conozco remedios. Remedios... sí... uno hay... pero... vamos, vamos, juicio. Voy adentro; me quitaré el polvo, me peinaré un poco. Este pícaro corazon me parece que se insurrecciona. Yo le pondré en presencia de la sana razon... y del buen juicio... y... qué sé yo!.. veremos quién vence. Positivamente es peligroso para una viuda, no vieja todavia, ponerse á cuidar á un joven! Pero le habia de dejar morir? Le salvé; hice lo que debí... Y puede ser que esto sea gratitud y nada mas... Sí, sí, eso será... pobre Pablo! (*Se va al pabellon.*)

ESCENA VI.

BELTRAN. BELANCOUR.

(*Belancour se dirije de prisa al pabellon: Beltran le sigue despacio.*)

Beltran. Hombre, hombre, no corras. Despues de almorzar es muy dañoso agitarse.

Belancour. Ah! no te habia visto.

Beltran. Yo lo creo, si voy detrás.

Belancour. Qué hay? qué me quieres?

Beltran. (*Sentándose.*) Aguarda... es muy mal sano el hablar cuando uno está agitado.

Belancour. Pues descansa, que yo voy entretanto... Hola! está cerrada la puerta: se estará acicalando: volveré. (*Yéndose.*)

Beltran. (*Deteniéndole.*) Dónde vas? Aguarda; tengo que hablarte: tengo que pedirte un favor antes de irme á Paris.

Belancour. Dí lo que gustes.

Beltran. Ante todas cosas, mírame bien.

Belancour. Ya te miro, hombre.
Beltran. De qué tengo yo cara?
Belancour. De ser muy pesado para hablar!
Beltran. Y de qué mas?
Belancour. De nada mas.
Beltran. Cómo! No tengo cara de estar enamorado!
Belancour. Enamorado, tú?
Beltran. Y mucho!
Belancour. Tonto! No te pregunto de quién porque seria burlarme; pero sí te preguntaré de qué?
Beltran. Pues hombre, á los cincuenta años es uno ya tan viejo, tan...
Belancour. No lo decia por eso; sino porque yo no te tenia por hombre capaz de interesarte mas que por tu salud y tu comodidad.
Beltran. Y no te has engañado.
Belancour. Pues entonces...
Beltran. Ay, amigo Belancour! Si tú hubieras sido testigo como lo he sido yo, del cuidado, del esmero que ha mostrado Carolina en asistir á Pablo! de la escrupulosa exactitud con que observaba los preceptos del médico, del modo con que le arreglaba las almohadas; vamos, te hubieras prendado de esa muger.
Belancour. No lo dudo. Pero á dónde vas á parar?
Beltran. A que seria el mas feliz de la tierra si fuese su marido... es decir, si ella fuese mi muger.
Belancour. Ya estoy: quieres casarte con ella, por si caes malo.
Beltran. Ese es el punto de vista, bajo el cual miro el matrimonio como la mas útil de las instituciones.
Belancour. Corriente. Por mí... si la buena de Carolina es tan... tan llana, que se aviene...
Beltran. Es que la amo... que la adoro!.. y queria suplicarte que la hablases en favor mio.
Belancour. Es que hablarla en favor tuyo... es quizá hablarla en contra suya.
Beltran. Estás loco? Pues qué, es alguna cosa tan desproporcionada? Carolina tendrá unos treinta y tantos años... Yo... yo estoy todavia fuerte: ella tiene 30,000 francos de renta, yo tengo 50,000: ella es amable, cariñosa... yo tengo buena pasta, no me enfado jamás.
Belancour. Por temor de enfermar... Bien, hombre, bien;

no tengo inconveniente: daré parte á Carolina de tus intenciones, de tus proyectos... hostiles.

Beltran. Asi que tú la digas de mí lo que no estaria bien que yo dijera; asi que la hables de mis cualidades...

Belancour. Eso es obra de dos minutos: en diciéndola que eres un buen hombre.

Beltran. Vamos, no juegues con una cosa tan seria como es la salud... quiero decir, la felicidad de mi vida.

Belancour. Aqui viene. Aléjate un poco; y asi que la haya hablado, haré una seña, y te presentarás.

Beltran. (*Yéndose.*) Por aqui no... que dá el sol muy de lleno... y este año andan unas congestiones cerebrales... (*Se va al lado opuesto.*)

ESCENA VII.

BELANCOUR. CAROLINA. BELTRAN, *retirado.*

Belancour. (*Saludando.*) Oh, señora!

Carolina. Creo que es el señor Belancour á quien tengo el honor...

Belancour. El mismo, que viene á ofrecer á usted sus respetos, y á darle un millon de gracias por lo que ha hecho con Pablo.

Carolina. Lo que cualquiera otra hubiera hecho en mi lugar.

Belancour. Escuso decir á usted que por lo que hace al pleito... no hay que hablar... desde este momento se acabó todo, y...

Beltran. (*Pasando á otro sitio.*) Aqui hace mucha humedad, y andan unas fluxiones...

Carolina. Por mí, tiempo hace que no habia nada que hablar, porque mi intencion ha sido siempre poner la decision del asunto en manos de usted, fiarme de su buena fé, y pasar por lo que usted sentenciara.

Belancour. (*Aparte.*) Dice bien Pablo; es una muger sublime! — Siempre se gana el no andar con escribanos, ni...

Carolina. Lo que es yo gano algo mas que eso... Gano quizá la estimacion y el aprecio de un pariente á quien deseaba conocer.

Belancour. Oh, amabilísima!.. (*Aparte.*) Y Beltran que

quiere convertir á esta muger en enfermera!.. Qué ha de querer ella! — Amiga mia, desde una transaccion tan franca y tan cordial como esta, á una propuesta de matrimonio no hay mas que un paso...

Carolina. (*Aparte.*) Ay, si se querrá casar conmigo!

Belancour. Y yo tengo poderes de cierta persona, por quien me intereso mucho, para saber si estaria usted dispuesta á renunciar á su viudez.

Carolina. Eso es segun.

Beltran. (*Aparte.*) Ahora entra la descripcion de mi individuo.

Belancour. Es un sugeto que tiene por la mayor felicidad el poseer una muger como usted, cuando se está enfermo.

Carolina. (*Aparte.*) Ese es Pablo! — Amigo Belancour, cuando usted proteje á un sugeto, no es fácil que deje de obtener lo que desea; pero esto pide reflexion. Lo meditaré... lo pensaré... y si llegára á resolverme por ese enlace, seria en gran parte por manifestarle á usted mi deferencia á sus consejos, y mis vivos deseos de complacerle.

Belancour. (*Aparte.*) Qué angelical muger! — Pues señor, ahora... al amante es á quien le toca concluir la obra; y si usted se lo permite...

Carolina. Mediando usted...

Belancour. (*Yendo á Beltran en voz baja.*) Todo va viento en popa... Anda... que te aguarda tu médico.

ESCENA VIII.

CAROLINA. BELTRAN.

Carolina. (*Sin ver á Beltran.*) Qué familia tan buena!... tan amable!... será cosa de que les deba mi felicidad!...

Beltran. (*Llegándose.*) Tenga usted muy buenos dias... y gracias por tanta bondad.

Carolina. Oh! señor Beltran! bien venido. Cómo lo pasa usted?

Beltran. Yo, bien!... muy bien!.. Cómo lo he de pasar despues de lo que acabo de oirla á usted!

Carolina. No sabia yo que mis palabras daban la salud.

Beltran. Conque el bueno de Belancour ha tenido la bondad de hablarla á usted de mí?

Carolina. (*Sorprendida.*) De hablarme de usted?

Beltran. Sí, señora: de decirla á usted cuanto aprecio sus raras cualidades, y cuán feliz seria si usted se dignase aceptar mi mano y mis bienes.

Carolina. (*Aparte.*) No era Pablo!—Ah! conque era usted el que... el que...

Beltran. (*Cortado.*) Sí señora... era yo el que... el que... Y ya he oido...

Carolina. (*Con viveza.*) Pues; ya habrá usted oido que eso es cosa que exige reflexionarse mucho.

Beltran. Yo, aunque me esté mal el decirlo, puedo alabarme, señora, de ser un buen hombre.

Carolina. Sí, eso se le conoce á usted á primera vista.

Beltran. Nunca he hecho mal á nadie. No soy gruñon, ni me enfado nunca. Y lo que es mi muger... puede contar conque manejará mi dinero como la dé la gana: ella será el ama, dispondrá de todo, mandará en todo... yo no me meteré en nada. Este es mi sistema, y nunca salgo de él.

Carolina. (*Sonriendo.*) Efectivamente, son esas cualidades muy... muy apreciables. Y le agradezco á usted mucho que me honre hasta ese punto, sin conocerme, sin saber...

Beltran. Oh! yo la conozco á usted lo bastante. La he visto á usted en unas circunstancias!... Vamos, estuvo usted sublime!

Carolina. Permítame usted que me retire; porque mi modestia no consiente que oiga unos elogios que no creo merecer.

Beltran. Bueno: no quiero fastidiarla á usted la primera vez que la hablo. Pero no me doy por derrotado; volveré á la carga.

Carolina. (*Con malicia.*) El enemigo será siempre bien recibido.

Beltran. (*Aparte.*) Esta frase tiene dos sentidos. Qué talento de muger!—Señora...

Carolina. Caballero...

Beltran. (*Yéndose.*) Esta boda me convenia mucho ahora... siento unos dolores reumáticos...

ESCENA IX.

CAROLINA.

Con que era este de quien me hablaba Belancour! (*Riendo.*) Lo que es el señor Beltran tiene cara de ser un escelente sugeto!... Creo positivamente que seria muy buen marido: su muger mandaria como soberana absoluta; y esto es algo... Pues no, no seria ningun disparate que yo me casase con él... El estado de viuda es tan equívoco en la sociedad!... Pero Pablo!... Yo que habia formado el plan de dar fama y nombre al que mereciese mi amor. Pablo era tan á propósito!... Yo le alentaria á cultivar las letras, en que tanto sobresale. Verdad es que esa fama podria lograrla por mí sola, poniendo mi nombre á los escritos en que empleo los ratos ociosos de mi vida, y que el público celebra tanto, sin conocer el nombre de su autor. Pero no, no! una muger no debe aspirar á esa gloria, sino procurar que la adquiera el hombre á quien ama. Pablo llegaria á adquirirla, y yo seria tan feliz, sí... (*Viéndole venir.*) El es!... cielos!... si me habrá oido!

ESCENA X.

PABLO. CAROLINA.

Pablo. (*Agitado.*) Señora!... he tenido la temeridad de escribir á usted... y en este instante me presento á sus ojos con el corazon lleno, no de esperanza, sino de temor.

Carolina. Pablo!...

Pablo. Ah! no me mire usted con enojo. Acabo de confesárselo todo á mi tio, y si es cierto que no se muestra usted insensible á mi amor, dígamelo usted de una vez!... no eche usted mano de esas dilaciones y rodeos que se usan en el mundo, y que serán buenas cuando se trata de un amor tibio y pasagero; pero el mio, Carolina, es una pasion vehemente... una pasion digna de que usted la abra con franqueza su corazon! Yo la amo á usted... su ausencia ha sido para mí un suplicio

intolerable!... Ah! pronuncie usted... sus palabras serán de vida ó de muerte para este hombre que la debe á usted la existencia! Hable usted!

Carolina. Pero Pablo... Yo... qué quiere usted?...—Chist!... Alguien viene.

Pablo. (*Indicando una de las macetas.*) Pues bien... un renglon... un solo renglon en respuesta... alli... en aquella maceta... Yo vendré á buscarlo dentro de un rato. (*Se va.*)

ESCENA XI.

CAROLINA; *luego* MORAN.

Carolina. Que haré?... No sé que resolver!... El amor de Pablo me parece tan sincero! Creo que bien puedo...

Moran. (*Saliendo con precaucion.*) Señora... usted me ha de perdonar si vengo á distraerla... Pero como me ha manifestado usted siempre tanta bondad... y como tiene usted tanto talento y tanto mundo... vengo á pedirla un consejo.

Carolina. Disponga usted de mí.

Moran. Creo que no la cojerá á usted de nuevas el que la diga que mi muger y yo no vivimos en la mejor armonia. Usted misma ha tenido que ponernos en paz muchas veces. Pues ha de saber usted que sus zelos van subiendo de punto de un modo maravilloso! Ahora mismo acaba de armarme una pelotera... No quiere que mire á ninguna muger... Ni siquiera permite... asómbrese usted!... que haya en mi cuarto estampas de mugeres. Estaba yo mirando una batalla de Napoleon, y se puso como un tigre porque decia que lo que yo miraba era á una vivandera que habia alli en un rincon de la estampa. Dígame usted ¿qué hago?

Carolina. Cosa clara! no mirar á las mugeres.

Moran. Es que cuando no las miro, dice que tengo cara de estar pensando en ellas.

Carolina. Pues haga usted por no tener cara de semejante cosa.

Moran. Lo que yo no debí hacer fue casarme con una muger que me lleva doce años! Ya se ve, entonces la diferencia no se notaba... pero ahora!... y digo, qué se-

rá dentro de otros diez años? yo tendré cuarenta... que en un hombre todavia no es mucho, y ella tendrá cincuenta y tantos... que no se la podrá mirar! y mi vida será un infierno!

Carolina. Y por qué se casó usted con ella?

Moran. Qué sé yo!... Yo acababa de salir del colegio... tenia diez y nueve años... éramos unos cuantos muchachos que andábamos haciendo el amor á Hipólita, que tenia treinta y uno, y estaba tan hermosa!... Ya sabe usted, siempre los muchachos se apasionan de las mugeres hechas...

Carolina. (*Aparte.*) Cielos!... es verdad!...—Y en fin, qué consejo quiere usted que yo le dé?

Moran. Mejor quisiera que se le diese usted á mi muger; porque yo... vamos, no puedo mas!... Si continua asi, me escapo!... me voy á Suiza ó á Inglaterra, á vivir como emigrado.

ESCENA XII.

DICHOS.—HIPÓLITA.

Hipólita. Qué haces aqui? Perdone usted señora, no habia reparado en usted.—Qué haces aqui?

Moran. Muger, nada!...

Hipólita. Siempre donde hay faldas!... siempre empalagando á todas las mugeres!...

Carolina. No, señora...

Hipólita. Ya! usted qué ha de decir! Pero yo conozco al señorito! En viendo una muger, allá se va derecho á decirla tonterias y á fastidiarla.

Moran. Señora, la he fastidiado yo á usted?

Carolina. No por cierto: al contrario...

Hipólita. Hola! al contrario!... Pues me gusta!... Pues es buena!... Pues yo creia que sabiendo usted, como sabe que es un hombre casado, no debia dar oidos...

Carolina. A qué, señora?

Hipólita. A lo que no es regular ni decente.

Moran. Pero muger!...

Carolina. El señor no se ha propasado...

Hipólita. Eso es! defiéndalo usted!... Ya! cuando á una

la lisonjea lo que la dicen, nunca cree que es propasarse...

Carolina. Señora!... modérese usted!...

Hipólita. No soy yo la que ha de moderarse...

Moran. Hipólita!... tú estás dejada de la mano de Dios!...

Hipólita. Véngase usted conmigo!—Libertino!.... ya sabes tú á donde te diriges!... Si te encontraras con mugeres que supieran hacerse respetar, y hacer respetar los derechos sagrados de una esposa!...

Carolina. (*Aparte.*) Esta muger está fuera sí!

Moran. Pero, Hipólita; si á lo que yo he venido es...

Hipólita. Véngase usted conmigo!—Ya sé á lo que has venido!... Ingrato!... Pero ya querrá Dios que des con alguna muger de vergüenza que te escarmiente!

Moran. Hipólita! ten decoro!

Hipólita. Harto decoro tengo!... Y no hablo delante de ninguna niña que deba escandalizarse. Me parece que la señora es ya talludita para hacerse la inocente y la víctima!—Vente conmigo!—Si es viuda, que se case, y no distraiga á los hombres de obligaciones!—Vente conmigo!

Moran. Sí! vámonos! vámonos á los infiernos!... (*A Carolina.*) Ay! señora! Si se vuelve usted á casar, no busque hombre que sea mas joven que usted.

Hipólita. Anda! anda! escandaloso!... (*Se lo lleva.*)

ESCENA XIII.

CAROLINA; *luego* BELANCOUR.

Carolina. Santo Dios! qué furia infernal! Ay! dice bien su marido!... todo proviene de la diferencia de edad!... Y es la misma... la misma que hay entre Pablo y yo!... él no tiene veinte años... yo paso de los treinta.—Cielos!....

Belancour. Carolina! Carolina!

Carolina. Qué agitacion es esa?

Belancour. Ay! señora!... estoy en un apuro!...

Carolina. Cuál?

Belancour. Si viera usted qué desgracia! qué desgracia!...

Carolina. Desgracia?

Belancour. Mi sobrino está enamorado de usted!: acaba de decírmelo.

Carolina. Y eso llama usted desgracia? Agradezco el cumplido.

Belancour. Es que usted no sabe... Mi sobrina Constanza debia casarse con él.

Carolina. (*Sorprendida.*) Ah! Constanza...

Belancour. Está muerta por Pablo!... y Pablo la adoraba antes de caer enfermo. Parece que ahora usted, sin querer, le ha inspirado una pasion... Pero le digo á usted que si Pablo deja á su prima, la pobrecita se muere de pesadumbre... se muere!

Carolina. Dios mio... qué me cuenta usted?

Belancour. La verdad. La muchacha no sabe nada todavía: atribuye la frialdad de Pablo á efecto de la enfermedad que ha padecido; pero cuando sepa... Bien, que no lo sabrá: yo le he rogado á Pablo que disimule por Dios... y he venido á hablar con usted... para ver qué hacemos. Yo cuento con su talento de usted y con su buen juicio para...

Carolina. Se amaban!... iban á casarse!... serian muy felices... Y Constanza... la pobre Constanza se morirá si él...—Cuente usted conmigo!... sí, cuente usted conmigo!—Le confieso á usted que yo.... habia pensado...

Belancour. Es posible?...

Carolina. Nada, nada!... No haga usted caso!... Yo impondré silencio á mi corazon... y la cabeza será la que domine, y la razon quien me guie. Ella me dice que Pablo no ha podido en quince dias, postrado en una cama, apasionarse formalmente de mí, ni prendarse del talento que me supone. Por consiguiente, no será difícil desviarle de esta idea, y hacerle volver á su prima.

Belancour. Ah! es usted una muger admirable! Bien; lo que debe usted hacer es marcharse de la quinta sin decir nada: que Pablo no la encuentre á usted; y entónces...

Carolina. Marcharme? No: ese es muy mal medio. Pablo me ha escrito... me ha declarado su amor... Si huyo, crecerá su exaltacion, dará un escándalo.... me seguirá...

Belancour. Ah! Dios mio!

Carolina. No queda mas que un camino; que es desencantar á Pablo: hacerle que pierda la ilusion de esa muger que se ha forjado en su fantasia.

Belancour. Pero eso es imposible!

Carolina. (*Reflexionando.*) Sí, sí, esto es lo que hay que hacer. Dígame usted; Pablo no me ha visto sino durante su enfermedad; porque asi que se alivió yo me marché.

Belancour. Es verdad; y él dice que conserva su imagen de usted, como una vision, como un sueño.

Carolina. Hoy, despues de mi vuelta, no me ha visto mas que un instante, para hablarme de su amor, y no he tenido tiempo de contestarle mas que dos palabras.

Belancour. Y qué?

Cerolina. Entérese usted del papel que debe hacer con él. Usted le va á decir... Pero él viene allí... que no nos oiga! Escuche usted... (*Se le lleva hácia la entrada del pabellon: y allí le habla precipitadamente al oido.*)

Belancour. Cómo?.. y usted piensa?.. (*Carolina le habla otra vez al oido.*) Bien, bien.

Carolina. (*Yéndose apresurada.*) Lo demas queda á mi cargo.

ESCENA XIV.

BELANCOUR. *Luego* PABLO.

Belancour. Qué muger! qué talento! qué juicio! (*Se pasea azorado.*) Sesenta años tengo... ya estoy asegurado de incendios. Pero el diablo me lleve si esta muger no me hace bailar el corazon como si tuviera veinte...

(*Pablo va, sin ver á su tio, á la maceta que está á la entrada del pabellon, y busca la respuesta de Carolina.*)

Belancour. Hola! eres tú?

Pablo. (*Retirándose de la maceta.*) Tio!...

Belancour. Vamos, has reflexionado? has pensado ya con madurez?

Pablo. Sí, tio, he reflexionado. Conozco que es una desgracia para mí que Constanza me ame todavia, cuando yo no la profeso mas que una tierna amistad; y le declaro á usted que para mí no puede haber felicidad

sin la posesion de la muger mas amable y de mas talento que he conocido en el mundo!

Belancour. (*En tono afectado, como quien finge.*) Pablo, escucha: voy á hablarte como un padre. Nadie se interesa tanto como yo en tu felicidad!... tú no quieres ya á Constanza?... Es una lástima; pero cómo ha de ser! la culpa no es tuya! El amor es una cosa que aparece y se marcha cuando le dá la gana, y sin que uno lo pueda remediar... al menos, asi era en mis tiempos. No quieres ya casarte con ella?.. Pues no te cases; mas vale eso, si no habeis de ser felices.

Pablo. Es verdad, tio.

Belancour. Pero me hablas con un entusiasmo tal de esa dichosa Carolina... que yo... vamos, no alcanzo. (*Aparte.*) Lo que me cuesta el mentir!

Pablo. Cómo tio! no alcanza usted que cualquiera puede prendarse de una amabilidad, de un talento semejante? De una...

Belancour. Sí; cuando realmente hay ese talento, y esa... Pero cuando todo eso es imaginario...

Pablo. Qué dice usted?

Belancour. Que á no haber perdido enteramente la chabeta, no sé quien pueda ver en ella esas.... esas cualidades que tú la supones.

Pablo. Que yo la supongo?

Belancour. Es muy buena señora... muy atenta... muy... pero lo que es talento, perdóneme su ausencia...

Pablo. Usted blasfema!

Belancour. (*Aparte.*) Ya se vé que sí! — Si la hubieras oido ahora... cuando hemos hablado acerca de la dehesa de San Calisto...

Pablo. Ya, ya entiendo. Ella habrá tratado de defender sus derechos, porque los creerá mas fundados que los de usted... no habrá querido avenirse en el pleito, y ya, para usted no tiene talento, ni gracia, ni nada...

Belancour. Eh! poco á poco; no te alborotes. Al contrario; se ha allanado á todo; no quiere pleito, y pasa por todo lo que yo resuelva.

Pablo. Calla! — Pues entonces, está usted loco, tio. (*Se sienta.*)

(*Aqui aparece Carolina á la puerta del pabellon, con un papel en la mano: se oculta detrás de las macetas y*

escucha, haciendo señas á Belancour, y sin ser vista de Pablo que está sentado de espaldas á ella.)

Belancour. No señor, no estoy loco: digo esto para que veas que soy voto imparcial. Durante nuestra conferencia se le han escapado mil necedades; mil majaderías. Habla como la gente ordinaria. (*Mirando á Carolina en ademan de pedirla perdon por lo que dice.*) Dice *naide*.... dice *diferiencia*.... (*Aparte á Carolina, paseándose y llegándose á ella.*) Ay, perdóneme usted!....

Carolina. (*Aparte á Belancour.*) Adelante, adelante!

Belancour. Tiene unas ideas... ó por mejor decir, no tiene ningunas. (*Aparte á Carolina.*) No se enfade usted!....

Carolina. (*Aparte á Belancour.*) Bien va!

Belancour. (*Aparte.*) Qué alhaja de muger!—En fin, es la muger mas adora.... (*Reponiéndose.*) mas.... mas.... (*Mirando á Carolina con empacho.*) mas...

Carolina. (*Aparte.*) Me voy porque tiene empacho. (*Deja el papel entre las flores.*)

Pablo. Mas qué?

Belancour. Mas... (*Paseándose.*)

Carolina. (*Al oido á Belancour.*) Mas bestia! (*Se va.*)

Belancour. (*Viendo que se ha marchado.*) Mas bestia, mas pollino que he visto en mi vida!—(*Aparte dándose en la boca.*) Merezco un bozal!

Pablo. (*Levantándose.*) Bestia Carolina!.. vamos, tio!...

Belancour. Sí, señor!... ó lo soy yo; una de dos: escoge. (*Irritado.*)

Pablo. No me haga usted escoger, porque le diré que antes creo que es usted cien veces...

Belancour. Muchas gracias!

Pablo. Perdone usted... pero me saca de mis casillas...

Belancour. Yo no estoy enfermo como tú que tienes todavia débil la cabeza... y la tenias enteramente á pájaros cuando concebiste esa pasion por un ente imaginario... por una cosa que no existe.

Pablo. (*Turbado.*) Pero tio!... (*Pasándose la mano por la frente.*) Gran Dios! será cosa de que mi imaginación perturbada?... Ah! no, no!... fatalidad seria...

Belancour. En fin, Pablo, para que veas que yo no tengo empeño en alucinarte: aguarda á mañana; si ma-

ñana no piensas como yo acerca de la tal Carolina, te dejo en paz, haz lo que quieras... cásate con ella.

Pablo. Gracias, tio. Y en cuanto á Constanza...

Belancour. No te apures por Constanza: aun no pierde tiempo... tiene diez y siete años... y la pobre señora Carolina cuenta ya mas de treinta.

Pablo. Pues no representa arriba de veinte y cinco.

Belancour. Yo no hablo de los que representa, sino de los que tiene. Constanza es bonita...

Pablo. Sí; pero Carolina me parece, que aunque no tiene la frescura...

Belancour. Constanza es la primera vez que quiere, y esa señora es viuda...

Pablo. Pero dicen que no amaba á su primer marido.

Belancour. Buen precedente para el segundo!... Si has de serlo tú, te doy la enhorabuena. (*Se va.*)

ESCENA XV.

PABLO.

No sé qué pensar!... Lo que me ha dicho mi tio me pone en la mayor confusion. No sé... cierto es que yo no la he conocido ni tratado sino durante mi enfermedad... cuando estaba postrado... con una violenta calentura... con un fuerte delirio. Pero sin embargo, me parece... Por otra parte, mi tio, que es hombre de razon, incapaz de mentir ni calumniar, afirma de una manera...

ESCENA XVI.

PABLO. MORAN.

Moran. (*Aparte.*) Gracias á Dios que he podido á un volver de cabeza, escaparme de sus uñas. Pero si! ya me habrá echado menos y andará buscándome.

Pablo. Ah, eres tú, amigo mio!

Moran. Sí, yo... que vengo por aqui á respirar un poco...

Pablo. Vendrás á saludar á la recien llegada?... á Carolina de Verlieu?

Moran. Oh, ya he tenido ese gusto: aqui he pasado un rato con ella...

Pablo. Hola! (*Aparte.*) Veremos qué dice éste. — Conque has hablado con Carolina?

Moran. Sí; y conversacion mas desgraciada...

Pablo. Eh?

Moran. Cuando yo vuelva á llegarme á ella con cien leguas....

Pablo. Pues cómo? No es una muger amabilísima, llena de talento?

Moran. Oh, lo que es eso... (*Aparte.*) Ay, Dios mio! por allí anda gente.... es mi muger que viene á espiar lo que hablo!

Pablo. Dí, hombre.

Moran. (*En alta voz y mirando á todos lados.*) Talénto, talento!... han dado en decir eso... pero cada uno tiene su gusto. Lo que es yo...

Pablo. Tú decias antes que era un angel.

Moran. Un ángel, un ángel!... Sí... bajo cierto aspecto... verbi gracia... para curar enfermos.

Pablo. Dijiste que era tan hermosa, tan afable, tan discreta...

Moran. Dale!.. no señor... qué habia yo de decir semejante cosa! — Está muy ajada... tiene un modo de hablar tan... (*Alzando mas la voz.*) Vale mucho mas mi muger, con tercio y quinto.

Pablo. Pero no negarás, á lo menos, que en cuanto á talento...

Moran. (*Viendo á Hipólita que aparece por el foro.*) Talento? Nulo.

Pablo. Sus modales...

Moran. Ordinarios.

Pablo. Su conversacion...

Moran. Apedrea. Vamos es una muger á quien no puede uno acercarse.

Pablo. Hombre!

Moran. Lo que se llama una campesina destituida de toda cultura y urbanidad.

Pablo. Vamos, yo no puedo convenir...

Moran. Ya! tú por gratitud no es estraño que concedas á la señora Carolina cualidades que no tiene. Si á mí me hubiera asistido, tambien diria que era un portento; pero, amigo, yo soy franco...

Pablo. Pero, vamos, si tú enviudáras...

Moran. Qué es eso de enviudar? (*Aparte.*) Ay, santos del cielo!

Pablo. Dí, no te casarias con ella de buena gana?

Moran. No señor, no señor!... no me casaria... (*Aparte. Yéndose apresurado.*) Qué demonio de preguntas!... buena me espera!... (*Hipólita cruza la escena y le sigue.*)

ESCENA XVII.

PABLO.

Pero, hombre, (*Creyendo hablar con Moran.*) me parece... Calla! y se ha marchado furioso por no oir hablar de Carolina... Pues es de la misma opinion de mi tio. Y éste que gusta de todas las mugeres, y todas le parecen bonitas! (*Agitado.*) No sé lo que me pasa, ni dónde estoy! Me hace ya temblar la idea de acercarme á ella.... temo desvanecer de un soplo el fantasma que he creado... Pero de todos modos, yo no puedo vivir en esta incertidumbre: prefiero apurar la verdad. Veamos si me ha respondido. (*Va á la maceta y saca un papel doblado en pico, como esquela antigua.*) Sí; aqui hay un papel... qué dirá?.. Y qué modo de cerrarlo!.. y qué oblea tan enorme!... (*Lo abre, y es un pliego de papel entero.*) Echa papel! Leamos: «Muy señor mio y amigo de mi mayor aprecio y estimacion: á lo que me dice usted de que tiene pasion por mí, le digo que eso me güele...» *Güele* con *g*... «me *güele* á broma; y que ustedes los hombres, son ustedes tan falsos y tan marrulleros, y tan yo no sé qué, que no debe una...» que, que... Dios mio! y yo creí que escribia como un ángel... y qué letras! (*Volviendo la hoja.*) «no debe una fiarse. Con todo; aguárdeme usted junto al tiesto...» Tiesto!... Ah, allí, donde estaba la carta. «junto al tiesto, y hablaremos.» Qué es esto? pero quién sabe! muchas veces las faltas de ortografia suelen consistir en que.... Vamos, esa no es bastante prueba... (*Aparece Carolina y baja lentamente las gradas del pabellon. Mira á Pablo con ternura; pero al fin manifiesta con un ademan que está resuelta.*) Las personas de gran talento no dan importancia á esas pequeñeces. En el siglo pa-

sado era una cosa de mucho mérito tener buena letra, y no omitir ningun acento; pero ahora..... Ah, voy á verla... voy á hablarla...—*Güele!*... sí, *güele* dice.... con *g!*.. Ay, aqui viene. (*Guarda la carta.*)

ESCENA XVIII.

PABLO. CAROLINA.

Carolina. Hola, hola... ya estamos por acá?

Pablo. Señora...

Carolina. Le he dado á usted mucho planton?

Pablo. Si he de medir el tiempo por la impaciencia que tenia de ver á usted, he esperado un siglo, señora.

Carolina. Anda... un siglo!.. qué hombres tan ponderativos! Sabe usted que un siglo tiene cien años?

Pablo. Nada es ponderacion, señora, de cuanto diga para manifestar á usted mi amor, y mi deseo de que acepte usted mi mano.

Carolina. Ya, ya, la mano!.. Siempre sacan ustedes la mano á relucir, y luego en echando las bendiciones.... arrea!.. ya no es la mano, sino el pie. (*Con ademan de dar puntapies.*)

Pablo. Jesus!

Carolina. Sí, sí... Ya, ya... Bueno, bueno... Y se va usted á llevar un chasco... Ay, qué chasco!.. Yo, asi suelta, soy una oveja; pero en viéndome atada me lleva Satanás. Vamos, en plata, que no puedo vivir sujeta. Y viuda, me va tan grandemente...

Pablo. (*Aparte.*) Qué lenguaje!

Carolina. Y usted tambien, camarada, sabe Dios si luego sacaria los pies del plato... Yo no le he visto mas que cuando estaba enfermito... (*Riendo.*) Já, já, já... tan quietecito y tan acurrucadito, que parecia un bendito. Y yo allí... «Vamos, tome usted esta medicina?»

Pablo. Ah! crea usted que mi gratitud...

Carolina. Calle usted, hombre. Eso lo hago yo con cualquiera que cae malo. Me alegrara que cayeran en cama todos los de la quinta: el tio, la señora Hipólita, el hortelano que fuera... y veria usted. Yo soy así.—Y usted, canario! por poco las lia!... vaya un delirio!.. (*Riendo.*) Já, já, já... y cuántos disparates decia este

buen hombre! «que me la traigan, que me la traigan.»

Pablo. (*Aparte.*) Qué desengaño, Dios mio!

Felix. (*Saliendo.*) Señorito...

Carolina. Con licencia de usted voy á ver al tio, para arreglar unas *diferiencias* sobre el pleito.

Felix. Esta carta para usted. (*Le da un papel y se va.*)

Carolina. Conque hasta por ahí. Ande usted, que mas dias hay que longanizas... y lo que *haiga* de ser... si está de Dios... Conque... (*Se vá echándole una mirada furtiva de amor.*) Ah, Pablo!...

ESCENA XIII.

PABLO.

(*Inmóvil, petrificado.*) *Diferiencia!... Haiga!... Güele!*— Dios mio; tenian razon! La muger que yo esperaba era un fantasma creado por mi imaginacion calenturienta. Ese fantasma se halla todavia en mi cabeza, en mi corazon... lo veo... lo oigo... pero no es Carolina. (*Frotándose los ojos.*) Estoy dormido? No: allí está el pabellon... los árboles... y yo aquí... de pie... dispierto, sano y bueno. (*Tocándose.*) Esto es mi vestido... esto es una carta... De quién es?... de Constanza... Qué me escribirá (*Lee.*) «No puede ocultárseme, primo mio, la diferencia que hay entre tu conducta actual y tu conducta anterior: la frialdad ha sustituido al amor en tu corazon: veo que evitas el hablarme, que huyes de mí, y este proceder me hace derramar muchas lágrimas.... Ah! vuelve á ser lo que eras para mí!... O, al menos, y si debo renunciar á la dicha de ser tu esposa, mírame como á la mas tierna y sincera de tus amigas.» (*Cavilando.*) «*Diferencia...*» Esta no pone diferiencia... no, diferencia dice. Y qué sencillez, qué ternura! Vamos, vamos, le diré á mi tio que no publique el chasco que me ha pasado; porque seria la fábula del pais.

ESCENA XX.

PABLO. MORAN. HIPÓLITA. BELTRAN. CAROLINA. BELANCOUR. CONSTANZA.

Beltran. Conque, señora?...

Carolina. (*Aparte.*) Sí: debo marcharme al momento!— Señor Beltran, ya conoce usted que... lo que es por ahora... Tengo que marcharme inmediatamente....

Belancour. (*Fingiendo.*) No se vaya usted... Beltran, que va á Paris, se encargará de ver al escribano. (*Aparte.*) Sí, sí, márchese usted.

Beltran. Cómo! Es á Paris donde va usted?

Carolina. Sí, señor; tengo que estar allí dentro de tres dias.

Beltran. Ay, señora... Si usted se dignara permitir que la acompañase... En su coche de usted... en el mio... me es igual.

Carolina. Bien; acepto con mucho gusto.

Beltran. (*Aparte.*) Tres dias juntos... La decido á casarse.

Carolina. Ea, señores; me voy á mi cuarto... tengo que examinar papeles... escribir cartas...

Hipólita. (*Aparte.*) Gracias á Dios... Ya se me quita de en-medio esta pesadilla.

Carolina. (*Aparte dando la mano á Beltran.*) Mi razon ha triunfado!

Pablo. (*Aparte.*) Desapareció mi ilusion. (*Da la mano á Constanza.*)

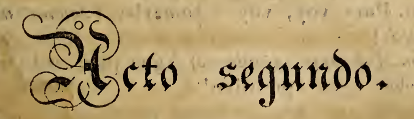
Hipólita. (A *Moran que mira á Carolina.*) Qué miras?

Moran. Muger celestial!

Hipólita. Quién?

Moran. (*Dándola el brazo.*) Tú, hija mia... tú!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Sala de una posada. Puerta en el foro: puertas laterales, numeradas. Una mesa.—Ha trascurrido un año.

ESCENA PRIMERA.

BELTRAN. CAROLINA.

(*Vienen del brazo*: *Beltran trae en la mano un libro en* 8.º)

Beltran. Ay! qué gran cosa es el mar! cada baño que tomo en él me da la vida! Te parece, niña mia, que tome otro esta tarde?

Carolina. Como tú quieras, hijo.

Beltran. No: como tú quieras; yo he de hacer lo que digas.

Carolina. Pues bien, veremos. Entre tanto voy á disponer que te sirvan el almuerzo.

Beltran. Eso es, eso es! Y luego me recostaré en el sillon, mientras tú trabajas á mi lado en el tercer tomo de tu novela.

Carolina. Chit!... Calla!

Beltran. Pero á qué es ese empeño de conservar el anónimo? Tendria yo tanto gusto en poder decir; señores, mi muger... mi muger es... un literato!

Carolina. Acuérdate que me has ofrecido no decirlo.

Beltran. Es verdad: cómo ha de ser! Anda, anda á disponer el almuerzo... Ah! mira; antes tengo que tomar el vaso de agua ferruginosa... Oh! es cosa que me da la vida! Me robustece tanto el estómago!... y los jugos gástricos ejercen sus funciones de una manera...

Carolina. (*Sonriendo.*) Bien, anda, en tu alcoba encontrarás el vaso de agua ferruginosa.

Beltran. Pues voy, voy á tomarla. (*Suena una campanilla.*)

Carolina. (*Aparte, yéndose.*) Agua pura es lo que le hago beber... qué aprensivo!

ESCENA II.

BELTRAN. UN CRIADO.

Criado. Allá van...

Beltran. Oye, muchacho.

Criado. Mande usted.

Beltran. Dile al huesped que vive aqui arriba, encima de mi cuarto, que haga el favor no pisar tan fuerte con los tacones de las botas, cuando se levanta de la cama.

Criado. Si es una señora.

Beltran. Ya!... esto era por precaucion. (*Suena la campanilla.*) Anda, que llaman.

Criado. Es el señor Belançour.

Beltran. Belancour has dicho?

Criado. Sí, señor.

Beltran. Un viejecito?

Criado. Sí, señor.

Beltran. Y está aqui?

Criado. Llegó anoche.

ESCENA III.

DICHOS.—BELANCOUR.

Belancour. (*Dándole una carta al criado.*) Vamos, hombre... toma, que se va á marchar el correo. (*Vase el criado.*)

Beltran. Belancour, tú por aqui!

Belancour. Beltran!... (*Se abrazan.*) Y qué buen viento te ha traido por acá?

Beltran. El miedo al reumatismo.

Belancour. Hombre!... y te vienes á un puerto de mar?

Beltran. Sí: es el plan homeopático.

Belancour. Y tu muger está aqui?
Beltran. Pues no ves que estoy yo! Has visto nunca que el cuerpo vaya sin el alma?
Belancour. Ya: tú eres el cuerpo?
Beltran. Dime, y Pablo? y Constanza su esposa, han venido contigo?
Belancour. Pensaron en hacer el viaje en compañía de Moran y su muger; pero luego no se arreglaron... tienen unas cabezas!...
Beltran. Cómo!... no se llevan bien?
Belancour. Asi, asi! Pablo, en el año que lleva de casado, está siempre triste, caviloso.... Constanza se ha vuelto gruñona... La señora Hipólita mas celosa cada vez... y el pobre Moran crucificado!
Beltran. Pues cuando un matrimonio no se lleva bien, siempre tiene la culpa la muger.
Belancour. Y las mugeres dicen lo contrario: quién decide este pleito?—Pero y tú? tan feliz, eh?... la buena de mi parienta...
Beltran. Es un tesoro! Ya te acuerdas que la acompañé á Paris cuando se marchó de tu quinta... Allá me dediqué á servirla... la anduve mil diligencias... y cuando sus negocios iban de mala data y se veia casi arruinada, por torpeza de su notario... cuando sus amigos la abandonaban... yo la ofrecí mis cincuenta mil francos de renta. Ella se conmovió con esta oferta; pero no quiso aceptar... y al cabo de algun tiempo, cuando su situacion se mejoró, y recobró sus bienes... entonces tuvo la generosidad de aceptar mi mano. Y qué á tiempo se casó conmigo!... justamente cuando empezaba á sentirme malo; y hubiera tenido que ponerme en manos de estraños que me asistieran... Ay! amigo mio! he hecho una gran boda! Qué muger!... cómo me cuida! y cómo administra los bienes!... ella ha hecho que se aumente nuestra renta... que en mis manos se iba derritiendo como la sal en el agua. En fin, yo no hago nada, nada, nada!... Ella es el todo!... yo me dejo querer... y soy feliz.
Belancour. Escelente muger!... Y está visible?... puedo entrar á saludarla?
Beltran. Mírala... mírala...

ESCENA IV.

DICHOS.—CAROLINA.

Carolina. (*Sin ver á Belancour.*) Vamos, hijo, ven á tomar el agua ferruginosa.

Beltran. Voy allá; pero mira un poco hácia aqui... no ves?...

Carolina. Belancour!... (*Yendo hacia él.*)

Belancour. El mismo, sobrina mia, que tiene sumo placer en ver á usted, despues de tanto tiempo.

Beltran. No ha sido culpa mia el que no nos hayamos visto antes: mi muger se empeñó en que vendiese la quinta que tenia junto á la tuya, y por eso...

Belancour. (*Aparte.*) Ya!

Beltran. Perdona, perdona... voy á... (*A Carolina.*) Dí: has hecho cerrar las vidrieras? no venga alguna corriente de aire, y...

Carolina. (*Sonriendo.*) Sí, hijo, sí... no tengas cuidado... entra sin aprension.

Beltran. (*Tapándose la boca con un pañuelo.*) No: es que ninguna precaucion está demás... (*Se va.*)

ESCENA V.

BELANCOUR. CAROLINA.

Carolina. (*Muy azorada.*) Dígame usted, ha venido?

Belancour. No: á Dios gracias, no ha venido; serénese usted. Pero en poco ha estado que me acompañase.

Carolina. Tambien yo exagero acaso el riesgo que puede haber en que nos encontremos. Él no me ha vuelto á ver desde aquel dia, sabe que estoy casada, es probable que ya no piense en mí. Y ademas su muger es tan amable, tan linda...

Belancour. Eso sí; pero sin embargo, no quisiera yo por nada de este mundo, que la viese á usted.

Carolina. Pues cómo!... le habla á usted de mí alguna vez?

Belancour. Sí, de usted, alguna vez; pero mucho mas á menudo de la muger que él llama su vision, su fan-

tasma, y dice que si existiera una muger, tal como él ha creido verla en su delirio, aquella mereceria que el mundo entero la adorase.

Carolina. Pobre Pablo!

Belancour. Ya conoce usted lo que sucederia si él llegase á entender que lo que tiene por sueño es la pura realidad.

Carolina. Es decir que dentro de unos diez años, ya podré verle sin riesgo.

Belancour. No; pongamos quince, ó veinte por lo que pueda tronar. La gracia y el talento, Carolina, son cosas que no envejecen tan pronto.—Pero hablemos ahora de usted, señora mia. Vamos, es usted feliz? Se me figura que sí: ese semblante respira una paz, una tranquilidad...

Carolina. Sí señor, y todo es obra mia. A fuerza de voluntad he logrado conseguirlo. Y no crea usted que me cuesta gran violencia el conformarme con mi suerte; no. (*Riendo.*) Yo queria casarme con un joven... y he encontrado otra cosa mejor: he encontrado un niño. Beltran es un niño, con toda la candidez y la docilidad de tal.

Belancour. (*Sonriendo.*) Y quizá tambien con todo el egoismo!...

Carolina. Sí; pero es un egoismo tan ingenuo, tan de buena fé, tan poco calculado, que se le puede perdonar, y aun á veces me hace reir.

Belancour. Ya!

Carolina. Yo le pongo la corbata, le leo los periódicos, le dirijo en todo... y le veo tan feliz, que no puedo menos de serlo tambien.

Belancour. Oh! lo que es él, no faltaba mas que no lo fuera!

Carolina. En fin, él no se atreve ni á pensar sin tomarme antes parecer.

Belancour. Y le dura todavia la manía...

Carolina. De precaverse de las enfermedades? Sí señor: dice que la salud es como la política; que las medidas preventivas son las que la salvan. Asi es que todas las mañanas se observa la respiracion, se toma el pulso, se examina con mucho cuidado, y al menor síntoma de alteracion que cree notar, viene corriendo á consul-

tarme. Luego, desde que nos casamos, no tiene tanta fé en los médicos, y se fia mas de mis consejos. Por lo demas, él está bueno y sano: come con apetito, duerme bien, y se pasea, sin cansarse cuando va conmigo... Y va casi siempre; porque yo le quiero: es tan honrado, tan afable, tan bueno!... Oh! si se viera sin mí media hora, se asustaría... Mírelo usted! ya viene buscándome... algo necesita.

ESCENA VI.

DICHOS. BELTRAN.

Beltran. Hija mia, cuando tú no vienes, esos criados... qué torpes! no encuentro nadá en su sitio, ni...

Carolina. (*Mirando con risa á Belancour.*) Vamos, hombre, allá voy, no te desazones.

Beltran. (*Á Belancour.*) Perdona, Belancour; pero siempre buscamos las cosas juntos.

Carolina. (*A Belancour.*) Y yo soy quien las encuentra.

ESCENA VII.

BELANCOUR. *Luego* UN CRIADO.

Belancour. Qué muger! qué alma! qué mérito!... y con un marido como Beltran! Sin embargo, lo que es ella, no se ha olvidado de Pablo... eso no; pero cómo sabe vencerse!... Ah! si fueran asi todas las mugeres, ni habria ningun soltero que no se casase, ni ningun casado que no fuese feliz.—Y yo, necio de mí, que le he escrito á Pablo que venga, haciéndole mil elogios de este pueblo! (*Toca una campanilla: sale un criado.*) Has echado mi carta al correo?

Criado. (*Enseñándola.*) Ahora iba...

Belancour. Dámela, dámela!—Voy á escribirle otra, diciéndole que este es un pueblo infernal. (*Se va.*)

ESCENA VIII.

PABLO. MORAN. EL CRIADO.

Criado. Tengan ustedes la bondad de esperar aqui: voy á ver qué cuartos hay disponibles.
Pablo. Anda.
Criado. Ah! esas dos señoras que estan ahí con los equipages, son esposas de estos caballeros?
Moran. Sí. (*Suspirando.*) Sí.
Criado. Entonces no se necesitan mas que dos cuartos.
Pablo y Moran. Cuatro, cuatro!
Criado. Allí hay dos que comunican entre sí...
Moran. Que comunican?... Pues para el señor y su señora.
Pablo. No, no: para tí.
Criado. Voy á ver. (*Se va.*)

ESCENA IX.

PABLO. MORAN.

Moran. Tómalo tú: estareis mas cómodos.
Pablo. Yo te lo cedo.
Moran. Vamos, entre amigos, no debe haber ceremonias.
Pablo. Por qué las haces tú? por qué no le tomas?
Moran. Yo?... porque... porque...
Pablo. Porque se comunican, y tú quieres estar libre. Pues bueno, tambien quiero yo estarlo: quiero poder entrar y salir sin incomodar á mi muger.
Moran. Pues lo mismo quiero yo: evitar gestos y voces... Ay! si supieras tú lo que es una riña por zelos!
Pablo. Si supieras lo que es una riña por fastidio!
Moran. Prefiero una muger que bosteza, á una que da voces.
Pablo. Y acuérdate que lo que nos ha decidido á venir á los baños, es la esperanza de tener aqui un poco mas de libertad y de distraccion que allá en la soledad de la quinta.

Moran. Por eso no me conviene ese cuarto.

Pablo. Ni á mí tampoco.

Moran. Que los guarden para otro matrimonio mejor avenido que los nuestros.

Pablo. Podia suceder que estuviesen vacíos todo el año.

Moran. Pero me voy con mi muger, que ya estará sospechando...

ESCENA X.

PABLO.

Ojala le diese á la mia por ser zelosa! Pero su manía es peor: una languidez!... una indiferencia!... Ay! (*Se sienta.*) Y yo á Constanza la quiero... sí... pero ese carácter me hiela! No puedo decirla aquellas espresiones tiernas, apasionadas que le diria á otra muger... á otra que fuera tal como yo me la figuro... á ese fantasma de mi imaginacion que viene siempre á colocarse entre Constanza y yo! Imagen celestial de un ser que no existe, ya lo sé, que no puede existir, ni ha existido nunca mas que en mi corazon y en mi fantasía! Conjunto imposible de todas las gracias, de todas las perfecciones... creacion que no tiene mas autor que yo! (*Exaltado.*) Ah! soy otro Pigmalion, que adora su obra!

ESCENA XI.

PABLO. EL CRIADO.

Criado. Caballero, no quedan mas que cuatro habitaciones: esas dos que se comunican, y dos separadas en ese corredor de la izquierda.

Pablo. Bien; pues yo tomo las dos separadas. (*Se va.*)

Criado. Al otro le toca el mochuelo,

ESCENA XI.

EL CRIADO. MORAN. HIPÓLITA. *Luego* CONSTANZA, *y mozos con los equipages.*

Hipólita. Dónde has andado tú, perillan?

Moran. (*Cargado de efectos.*) Muger, me ves cargado como un burro, y vienes ahora con...? (*Se dirige á la derecha.*)

Criado. Caballero, perdone usted: su compañero ha tomado esos dos cuartos.

Moran. Hola! (*Aparte.*) Egoista!

Criado. No quedan mas que esos dos que se comunican.

Hipólita. Se comunican?... Mejor: vamos allá. (*Se va por la izquierda.*)

Constanza. (*Saliendo.*) Cuál es nuestro cuarto?

Criado. Por aqui, señora. (*Vase Constanza con los mozos.*)

Moran. (*Aparte.*) Siempre salgo yo perdiendo.—Dime, no hay mas cuartos?

Criado. No señor.

Moran. (*Enfadado.*) Cómo se entiende?... Qué fonda es esta donde no hay cuartos?

Criado. Una fonda en que estan todos tomados.

Moran. Y dime, se puede cerrar la puerta de comunicacion?

Criado. No señor.

Moran. Y no tiene cada cuarto su puerta de salida al corredor?

Criado. Caballero, lo siento; pero no hay mas que una puerta para los dos.

Moran. (*Incomodado.*) Pues es una gracia!... maldito sea el arquitecto!

Criado. (*Yéndose.*) Parece que tiene miedo á su muger.

Hipólita. (*Saliendo, con mal modo.*) Vamos! qué haces ahí? (*Mirando al foro.*) Con quién hablabas?

Moran. Con el criado.

Hipólita. Muy dulcecita tienen la voz los criados en esta tierra!

Moran. Y las mugeres, en la nuestra, muy ronca!

Hipólita. Vamos, vienes?

Moran. Oye, hija mia, ya te lo he suplicado muchas veces... Por los clavos de Cristo no seas zelosa!... mira que me obligarás á tirarme por un balcon. Yo soy fiel, fiel como un corderito... pero mira que si me atosigas... soy capaz de... lo sentiria! pero cómo ha de ser!... Por Dios, Hipólita de mis entrañas!...

Hipólita. Vamos, vamos!... vienes adentro?

Moran. No tendrás zelos?

Hipólita. Dale! No.

Moran. Si entro, me empezarás á gruñir?

Hipólita. No; vamos. (*Con blandura.*) Ven adentro.

Moran. Ay! ni tampoco reconciliacion!...

Hipólita. (*Furiosa.*) Te digo que no!

Moran. Palabra de honor!

Hipólita. (*Desesperada.*) No vienes?

Moran. (*Aparte yéndose con ella.*) Comprendo el suicidio!

ESCENA XIII.

PABLO. *Luego* BELTRAN.

Pablo. (*Al bastidor.*) Bien hija, bien; si estás cansada, descansa. Yo voy á buscar á mi tio. (*Se dirige al foro.*)

Beltran. (*Al bastidor.*) Belancour almorzará con nosotros, hija mia...

Pablo. Esa voz!... Señor Beltran!

Beltran. Pablo!... qué fortuna! (*Corre á él y lo abraza con mucho gozo.*)

Pablo. Usted aqui, señor Beltran!

Beltran. Pues adónde quieres que esté? Pero si tu tio me dijo que no querias venir á estos baños!

Pablo. He mudado de idea.

Beltran. Lo celebro mucho. Pues y mi muger!... poco contenta se pondrá ella en verte!

Pablo. (*Con sonrisa de duda.*) Sí, sí!...

Beltran. Y á tí, vamos, no te pesará! Verás qué muger! Yo lo digo á voz en grito: soy el mas feliz de los maridos, y Carolina la mejor de las mugeres. En esto conviene todo el mundo.

Pablo. (*Con frialdad.*) Lo creo.

Beltran. Qué es eso de lo creo? Debias decir: lo sé, me consta. Qué modo de hablar es ese de una muger que te salvó la vida? Vaya! pues si no es por ella...

Pablo. Oh! eso sí... cierto!... y mi agradecimiento...

Beltran. (*Picado.*) Vaya una frialdad, hombre!... eso se dice con alma! Verdad es que yo me empeño en que todos han de tener el mismo entusiasmo por mi muger...

Pablo. Con que es usted tan feliz?

Beltran. Feliz? En las veinte y cuatro horas del dia no hago mas que bendecir á la Providencia que me ha deparado un ángel que vele por mi salud.

Pablo. Le doy á usted la enhorabuena.

Beltran. Pregunta, pregunta por ahí... infórmate! habla de ella y verás si mi entusiasmo es infundado. Un mes hace no mas que estamos en estos baños, y ya, á pesar de su reserva, es tan conocida cómo en Paris.

Pablo. (*Admirado.*) Como en Paris?

Beltran. Sí; por la muger de mas chispa y mas ingenio...

Pablo. Qué me dice usted?

Beltran. Qué! te coge de nuevas? Ya! como cuando tú la conociste allá en la quinta estabas enfermo... y con un calenturon!... No pudiste conocer mas que su caridad, su esmero; pero ahora que estás en tu juicio, ya me dirás si á las dos palabras no dices que es la muger de mas gracia, de mas delicadeza, de mas talento... Escribe como un sabio!

Pablo. (*Aparte.*) Sí!... *Güele...* y *diferiencia...*

Beltran. No has leido su última novela?... *Teodora*?

Pablo. (*Asombrado.*) Cómo!... Esa novela...

Beltran. Ay, borrico de mí!... Ella que quiere guardar el anónimo, y que nadie sepa...

Pablo. Qué dice usted? Esa novela tan celebrada es suya?

Beltran. Hombre, confio en que lo callarás!... Pues sí, amigo mio, sí... No has leido el segundo tomo?

Pablo. No; pero ya sé...

Beltran. Mira... justamente lo tengo aqui. Hay en el capítulo séptimo un episodio de lo mas delicado y mas deliciosamente escrito...

Pablo. Ah!

Beltran. Es un joven que se va á casar: durante una ausencia de su novia, cae enfermo... Está solo en una casa de campo aislada... Da la casualidad que una muger pase por allí en una silla de posta... Es de noche... La silla vuelca... qué fortuna!... no para la que vuelca, sino para el joven. Pues señor, vuelca, y se hace añicos la silla... Con que, tiene que pedir hospitalidad. Viene un criado y la introduce en la alcoba del enfermo... ella se compadece de su situacion y se queda á su lado mas de un mes para asistirlo. Pues señor, el joven, gracias á su cuidado, recobra la salud, y qué sucede?

Pablo. (*Con interés y conmovido.*) Qué sucede?

Beltran. Que el joven se olvida de su novia, y que se enamora perdidamente de la muger que le ha asistido, no solamente por su esmero en cuidarle, sino porque tiene un talento y una gracia que ya, ya!... La buena de la muger, por su parte, tampoco es insensible al amor del joven; porque el joven tambien es muy guapo, muy instruido... Pero, amigo, llega la novia!... Aqui de la sorpresa de Teodora al saber que el joven estaba ya comprometido, y que la muchacha dice que se muere si el novio la deja!... Qué dirás que hace Teodora?

Pablo. Qué hace?... qué hace?

Beltran. Aquella muger heróica, cuando ya el joven está restablecido, le hace creer que ha sido un sueño todo lo que ha creido de ella, y ha sido la calentura la que le ha hecho juzgarla tan perfecta... en fin, se da tal maña y hace tales diabluras, que le hace creer que es una bestia. (*Rie.*) Ja, ja, ja!

Pablo. Y el joven?

Beltran. El joven lo cree, y se vuelve á su novia... se casa con ella... y Teodora, habiendo logrado este triunfo de su razon sobre sus pasiones... qué hace?... se casa tambien con un general viejo, lleno de cicatrices, y hace su felicidad.

Pablo. Sí... ya comprendo!... Y dígame usted... una vez casado con ese general viejo lleno de cicatrices... se olvida del joven?

Beltran. No he leido la conclusion del capítulo... pero

mi muger te lo puede decir. Me ha mandado ir á decir á tu tio si quiere almorzar con nosotros. Espérame un momento, y te presentaré á mi muger. (*Se va y vuelve.*) Pero hombre! con que tú no sabias quién era mi muger?... (*Riendo.*) Qué majadero!.... Ja, ja, ja! (*Se va.*)

ESCENA XIV.

PABLO.

(*Sentándose á leer junto á la mesa.*) «TEODORA, ó LA VOLUNTAD.—*Capítulo VII.*» (*Lee, interrumpiéndose, cada vez mas exaltado.*) Si, sí!—Es verdad! — Esto es!—Hasta las palabras que nos decíamos!—Las mismas!—Todo lo que pasó entre los dos!—(*Levantándose fuera de sí.*) Ah! con que no fue sueño!... existe, existe el angel que yo me habia creado!... Mi amor no es ya una quimera!... tiene objeto... Sí! existe esa muger hermosa, sublime, y mas sublime aun por este último rasgo! (*Dejando el libro.*) Aquella vaga imagen que yo juzgaba producto de un sueño, aquella fria estatua de Pígmalion, se anima, adquiere forma y vida... se levanta... se dirije á mí con los ojos animados de un fuego celestial... Ya voy á oirla!... ya voy á verla!.... (*Aparece Carolina.*) Ya la veo!

ESCENA XV.

PABLO. CAROLINA.

Carolina. (*Con gozo.*) Pablo!... Amigo Pablo!...

Pablo. (*Con delirio.*) Sí, yo soy, Teodora!... yo, que despierto de un letargo que ha durado un año. Durante este letargo he tenido un sueño sacrílego!... He soñado que la gracia, la hermosura, el talento no existian donde realmente existen! He soñado que era usted una muger vulgar!... Ah! por fin me dispierto, y vengo á arrojarme á esos pies á pedir perdon de mi ceguedad.

Carolina. Pablo, Pablo!... qué hace usted?...

Pablo. Ah, Carolina!... cuánto mas bella y mas seductora la contemplo á usted hoy! Qué talento será el de usted para haberme hecho creer que no lo tenia!... Ah! yo la amo á usted, yo la amo... y no he cesado un instante de amarla! La vision ha desaparecido para hacer lugar á la realidad... á la hermosa realidad!

Carolina. Pablo, ya veo que sabe usted!... Pues bien, sí: era preciso, por el bien de usted, por el de Constanza, por su tio... He hecho lo que he debido hacer.

Pablo. Y no hago yo tambien lo que debo, adorándola á usted con toda el alma?

Carolina. Déjeme usted, Pablo... déjeme usted!... Es preciso que no nos volvamos á ver.

Pablo. No volvernos á ver!... qué está usted diciendo?... Bien sabe usted que ha podido ser mia por medio de un lazo sagrado. Yo la ofrecí á usted mi mano; y si este enlace no se verificó, la culpa no fue mia. Ah! no se queje usted á nadie de la violencia de una pasion que no tiene límites ni medida! Mi destino es amarla á usted hasta la muerte, y decirlo y repetirlo sin cesar!

Carolina. Por Dios, Pablo, calle usted!... Beltran puede venir y sorprenderle...

Pablo. Pues bien, Carolina, prométame usted oirme en otro momento mas favorable, y entonces...

Carolina. (*Con dignidad.*) Yo no prometo nada, caballero. Puede usted comprometerme si gusta. Quédese usted en hora buena!

Pablo. Me voy, me voy, Carolina.—Pero no me alejo de usted... Ah! conozca usted que seria un miserable si no consagrase el resto de mi vida á reparar el error de haber desconocido tantos encantos y tantas perfecciones! (*Se va.*)

ESCENA XVI.

CAROLINA. *Luego* BELTRAN.

Carolina. Qué encuentro, Dios mio! Cómo habrá venido aquí?... Quién le habrá descubierto lo que sabe?... Y lo sabe todo!... Qué haré?... Es preciso resolucion!

Beltran. (*Saliendo.*) Aquí estabas, niña mia!... venias á

buscarme, eh?—Salgo del cuarto de Belancour, que no está en casa. Me ha dicho el criado que ha salido: le esperaremos.

Carolina. (*Turbada.*) Querido mio... sabes...

Beltran. Ah! te daré una buena noticia. Su sobrino.... Pablo... no te acuerdas?... Pablito!... aquel... aquel Pablito!... Ha venido con su muger y con Moran, y la muger de Moran.

Carolina. (*Fingiendo sorpresa.*) Calla!

Beltran. Debo advertirte... para tu gobierno, que le he encontrado muy frio cuando le he hablado de tí.

Carolina. Frio! de veras?

Beltran. Sí, mucho: yo queria que él manifestara con mas fuego el agradecimiento que te debe...

Carolina. Y así lo hará.

Beltran. Te digo que no. A mí no me ha llenado!

Carolina. (*Aparte.*) En gracia de Dios!...

Beltran. (*Con temor.*) Niña mia... quisiera que me perdonaras una indiscrecion que he cometido... Se me escapó, al hablarle de tí, que eras tú quien escribia la novela de Teodora...

Carolina. Ah! has sido tú quien le ha... (*Aparte.*) Siempre son ellos quienes los traen de la mano!—Dejemos á Pablo, y hablemos de cosas mas serias.

Beltran. Calla! pues hasta ahora no habia reparado que estás asi... como azorada...

Carolina. Es que... no me atrevia á decirte que debes desconfiar...

Beltran. Desconfiar?

Carolina. Sí: de los baños estos... que no te sientan bien.

Beltran. Sí, muger.

Carolina. No, hombre.

Beltran. Pues qué, me notas algo?

Carolina. No tienes buen semblante.

Beltran. (*Empezando á tomar aprension.*) Ay!...

Carolina. Ese pecho no me gusta.

Beltran. (*Respirando con fatiga.*) Ay, ay!... De veras?

Carolina. De veras.

Beltran. Pues mira... puede ser!... Tú que lo entiendes!... Pero no: yo tengo buen apetito, y quisiera pasar aqui todavia un mes.

Carolina. Hombre!

Beltran. Sí, hija mia!... Y ahora que está aqui Belancour.... y Pablo, y...

Carolina. (*Aparte.*) Pues señor, apelemos al último remedio.—Hombre, yo ando con rodeos para decirte la verdad, por no asustarte; pero ya que es preciso...

Beltran. (*Aterrado.*) Cómo es eso!... estoy mas en peligro de lo que me decias?

Carolina. No: muy en peligro no estás... los baños no te han sentado tan mal...

Beltran. Y yo creí que me daban la vida!

Carolina. Pero hay aqui una cosa de mucha gravedad!

Beltran. Cuál es?

Carolina. Se dice, y es positivo, que ha empezado á desarrollarse el cólera-morbo.

Beltran. (*Dando un respingo.*) Santa Bárbara!

Carolina. Algunos dicen que es falso; pero yo en la duda...

Beltran. Algun buque lo habrá traido!...

Carolina. Es probable.

Beltran. Y tú tienes miedo del contagio, eh?

Carolina. Sí, Beltran, sí... mucho miedo.

Beltran. Ay! puede que lo tengas ya encima! sientes algo, hija mia?

Carolina. No me siento buena.

Beltran. Ni yo tampoco.—Sabes lo que debemos hacer? irnos á pasar lo que queda de verano á la quinta de tu pariente Belancour.

Carolina. No, no... cabalmente la epidemia se dirije hácia alli.

Beltran. Pues entonces, vámonos á Paris... y mejor que mañana...

Carolina. Hoy!

Beltran. Ahora mismo.

Carolina. Voy á disponerlo. Dentro de diez minutos estamos subiendo al coche. (*Aparte, yendose.*) Segura estaba yo de que el cólera produciria efecto.

ESCENA XVII.

BELTRAN.

(*Respirando, examinándose, tomándose el pulso.*)

Sí señor... falta el equilibrio en las funciones vitales... Ay! no respiro á gusto... Teque... teque... teque... Ay! cómo va el pulso!... Es mucha muger! qué talento tiene!... Señor, que seria de mí, sin ella?... Cómo ha conocido que estoy malo!... Vaya si estoy malo! Qué lástima!... Con un apetito como el que tengo!... Pero ya me aliviaré, cuando me vea en mi quinta, á dos leguas de Paris.

ESCENA XVIII.

BELTRAN. MORAN. HIPÓLITA. CONSTANZA. PABLO.

(*Moran y su muger salen de su cuarto: Constanza del suyo: Pablo por el foro.*)

Constanza. (*Aparte, con languidez.*) Me deja sola!

Moran. (*Huyendo de su muger.*) Me ofreciste que no habria escena de reconciliacion!

Hipólita.
Constanza. } El señor Beltran!
Moran.

Beltran. Sí, amigos mios!... yo, que hace un rato me hubiera alegrado mucho de encontrarme aqui con ustedes... pero que en este momento... pues... porque mi muger ha ido ya á disponer las cosas para que nos marchemos á Paris.

Pablo. (*Aparte.*) Quiere huir de mí!

Moran. Y por qué se van ustedes?

Hipólita. Qué te importa? Déjalos que se vayan.

Beltran. Ustedes son amigos, y en conciencia debo decírselo. (*Con misterio, trayéndoselos cerca.*) En este pueblo se ha desarrollado el cólera-morbo. (*Terror general.*)

Todos. Ay!!!...

Hipólita. (*Tirando de una campanilla.*) Dios mio!...

Constanza. (*Tirando de otra.*) Jesus! (*Salen criados y criadas.*)

Hipólita. (*A un criado.*) Pronto!... pronto!... que lleven mi equipaje al coche... que enganchen al momento! (*Los criados se van apresurados.*)

Constanza. Volvámonos á la quinta!

Beltran. Eh! poco á poco!... Dicen que la epidemia se ha estendido por aquella parte.

Constanza. Ay! pues ya no voy yo allá.

Beltran. Hagan ustedes una cosa: qué idea tan peregrina! Yo tengo una casa de campo junto á Paris... tiene parque... tiene teatro, donde nos divertimos en hacer comedias... Vénganse ustedes allá con nosotros á pasar el resto del verano! Eh? qué tal?

Moran. (*Aparte.*) Allí podré tener entretenida á mi muger!...—Acepto.

Pablo. (*Aparte.*) Alli la veré!...—Acepto.

Beltran. (*A Pablo, dándole la mano.*) Bien, Pablito, bien.

ESCENA XIX.

DICHOS.—BELANCOUR.

Belancour. (*Aparte, sin verlos.*) Ya marchó la carta, y estoy tranquilo: no vendrá Pablo.

Pablo. Tio, aqui nos tiene usted.

Belancour. (*Sorprendido.*) Santo Dios!

Beltran. Tú serás de los nuestros. Nos vamos á mi quinta... junto á Paris... Cuatro asientos tiene mi carruage.

Belancour. No: yo me quedo con Pablo.

Beltran. Qué! si Pablo viene... y Moran... y su señora...

Hipólita. Se ha declarado aqui el cólera!

Constanza. Y dicen que hace muchos estragos!

Belancour. (*Aterrado; tocando á la campanilla.*) Hola! eh! muchachos! (*Sale un criado.*) Pronto! mi equipaje al coche de este caballero!

ESCENA XX.

DICHOS.—CAROLINA.

Carolina. (*Saliendo.*) Ya está todo listo.

Beltran. No sabes, niña mia, que se vienen todos con nosotros á nuestra quinta?

Carolina. De veras? (*Aparte.*) Vamos, se empeñó!

Moran. (*A Constanza.*) Vámonos, vámonos.

Hipólita. Por qué no me lo dices á mí?

Moran. Tambien...

Beltran. Está todo acomodado? el chocolate... las pastillas pectorales... el...

Pablo. (*Aparte á Carolina.*) Ah! A pesar de usted, soy feliz! (*Carolina, sin responder, pasa al lado de su marido.*)

Belancour. Vamos. (*A Pablo.*) Dale el brazo á tu muger.

Constanza. (*Con melindre.*) Yo voy bien sola.

Beltran. Ea... vamos al coche!... (*Salen los criados cargados de efectos.*)

Moran. Mi sombrero.

Beltran. Mi gorro... mi baston.

Constanza. Mi schal.

Hipólita. La caja de rapé.

Constanza. Ay! mis guantes.

Beltran. Mozo!

Criado. Mande usted.

Beltran. Mozo!

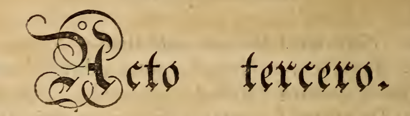
Criado. (*A voces.*) Mande usted!!...

Todos. Mozo!...

Criado. Voy, voy.

Carolina. (*Aparte.*) Yo le curaré de su amor. Aun me queda fuerza y voluntad. (*Todos se van en desorden por el foro.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.

Sala abierta á un jardin: dos gabinetes laterales, con puerta á la escena, y ventana que da frente al público.=Han transcurrido ocho dias.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA. BELANCOUR.

(*Carolina está sentada, escribiendo.—Belancour sale por el foro.*)

Carolina. Estas correcciones me parecen oportunas.

Belancour. (*Saliendo.*) Carolina, á usted la andaba buscando; pero quiza vengo á interrumpir... Está usted componiendo?

Carolina. No: corrigiendo.

Belancour. En la novela?

Carolina. No: es una especie de comedia.

Belancour. Tambien poetisa dramática?

Carolina. Y por qué no? Ademas, que esta comedia espero que ha de producir buen efecto.

Belancour. Siendo cosa de usted, no lo dudo.

Carolina. Sobre todo hay aqui dos papeles...

Belancour. A propósito de papeles: sabe usted que el que yo estoy representando es dificil y cansado? En los ocho dias que llevamos de estar en esta quinta, no ceso de predicar á mi sobrino acerca de su criminal pasion, pero maldito el caso que me hace: de manera que me veo obligado, para evitar que la hable á usted, á no

separarme de su lado, ó del de usted; vamos, esta última parte es la mas agradable del papel; pero la otra es incómoda hasta no mas! Apenas me separo de él, ya se echa á buscarla á usted por toda la casa... (*Aparece Pablo por el foro, los ve, y se vuelve á marchar.*) Eh? qué tal? ya lo tiene usted allí. Si no me hubiera visto aqui clavado...

Carolina. Esta vez no tiene él la culpa.

Belancour. Pues cómo?

Carolina. Como que viene, porque yo le he dado una cita.

Belancour. Una cita?

Carolina. Es el único medio de terminar esto. Los obstáculos que le oponemos, yo evitando su presencia, y usted siguiéndole como su sombra, no hacen mas que irritar su pasion, y acabarán por hacerle saltar y darnos un disgusto. Es preciso que los obstáculos nazcan de él mismo, de su propia conciencia, de su razon: solo entonces podrémos estar seguros. Por eso le he concedido la cita que me pidió muy en secreto, cuando estábamos tomando el té.

Belancour. Tomando el té?... Pues allí estaba yo, y no observé nada.

Carolina. Las mugeres no dejan ver mas que lo que quieren que se vea.

Belancour. Pero no teme usted que en esa cita...?

Carolina. En esta cita espero convencerle de que hace mal en amarme.

Belancour. En amarla á usted... no sé!... En decírselo, positivamente.

Carolina. Es que yo no me opongo sino únicamente á que me lo diga. Lo que es el amarme... se lo perdono: nadie es dueño de sus sentimientos; pero todos lo son de sus acciones... y su conducta es muy irregular.

Belancour. Conque, segun eso...

Carolina. Le doy á usted asueto por hoy: puede usted irse á pescar con mi marido.

Belancour. No sé como hay persona que se divierta pescando! Y el buen Beltran anda de mal humor hace unos dias.

Carolina. Una semana: lo que hace que estan ustedes aqui.

Belancour. Calla!

Carolina. Pero no tiene el pobre la culpa, sino yo.

Belancour. Usted?

Carolina. Sí; porque me he propuesto corregirle de esa mania de traerse huéspedes á casa; y trato de hacer de modo que los despida á todos ustedes.

Belancour. Señora!

Carolina. Y lo que hago es tenerle sin criados que le sirvan, desde que vinieron ustedes; haciendo que esten siempre yendo á Paris y viniendo á recados de los huéspedes. Yo tambien me descuido un poco con él, afectando tener que atender á los convidados. En fin, ya verá usted! asi que caiga en la cuenta de que ustedes le usurpan tanto asi de mi cariño, los pone á ustedes en la calle, con la política del mundo.

Belancour. El es!... ahí viene gruñendo.

ESCENA II.

DICHOS.—BELTRAN.

Beltran. Hija mia, estoy quemado! no encuentro nada de lo que busco!... llamo y no viene nadie!...

Belancour. Asi haces ejercicio.

Beltran. No te burles!... Quisiera verte en mi lugar. Hace ocho dias que no parece sino que hay un duende en casa que me esconde las cosas que necesito. Nada está en su sitio... se acabó el orden y la simetría. Encuentro una chinela junto á la cama, y otra en el comedor... Vamos, estoy aburrido!—Hace un cuarto de hora que ando buscando la caña de pescar... y nada... ni muerta ni viva!

Carolina. Ya sé yo donde está.

Beltran. Gracias á Dios!

Carolina. En el pozo.

Beltran. Cómo!

Carolina. Pablo la rompió ayer, y tiró los pedazos al pozo.

Beltran. Pues me gusta!... Y mi escopeta, que tampoco la encuentro?

Carolina. Se la he prestado á Moran, que sale todos los dias á cazar.

Beltran. Ah! es él quien viene todas las mañanas, apenas amanece, á tirar á los pájaros, junto á la ventana de mi alcoba? Vaya un modo de madrugar!—En fin, paciencia! (*A Belancour.*) Oye, ahí tengo otras dos cañas regulares: quieres venirte conmigo á pescar?

Belancour. Con mucho gusto!

Beltran. Es un ejercicio que me gusta mucho!... es la imagen de la guerra.

Belancour. Vamos, pues, á la guerra! A Dios, Carolina.

Beltran. Iremos en el bombé.

Belancour. Si el rio está á dos pasos de aqui!

Beltran. No importa: me he cansado mucho, dando vueltas por la alcoba!

Carolina. Y su alcoba es muy grande.

Beltran. A Dios, vida mia!... Vámonos, vámonos por el jardin. (*Se van los dos por un lado.*)

ESCENA III.

CAROLINA. HIPÓLITA.

Hipólita. (*Saliendo por el foro.*) Dígame usted, señora; no ha visto usted por ahí á mi marido?

Carolina. No.

Hipólita. No sé qué es de él! Le ando buscando hace una hora!... El ingrato huye de mí!... no me hace caso en todo el dia!... Ayer se me fue á Paris, sin decirme una palabra!... y me pasé el dia en ese gabinete, llorando como una Magdalena! (*Señalando el de la derecha.*)

Carolina. Ya se lo he dicho á usted muchas veces, amiga mia! Huye de usted, porque usted le persigue!

Hipólita. Soy la esposa mas desventurada que hay en el globo! No hay dia que no me dé zelos con algo!

Carolina. Porque usted tiene zelos de todo.

Hipólita. Es un bribon, un libertino, que me está quitando la vida! Pero á usted se lo digo en confianza.... Como Dios, usando de su poder, disponga que alguno me haga la corte... cuidado conmigo!... que se prevenga!

Carolina. No!... eso es imposible!

Hipólita. Cómo que es imposible?...

Carolina. Digo... el que usted cometa ninguna infidelidad!...

Hipólita. (*Llorando.*) Tiene usted razon!... porque le quiero de veras al gran bribon!... y él, asi que ve un claro, se me escapa!

Carolina. Qué ha de hacer, si usted le anda mortificando siempre con zelos?

Hipólita. Pues si le dejara, seria peor!

Carolina. Se equivoca usted.—Con esas peloteras contínuas le asusta usted, le desespera, le aturde. Tenga usted zelos... eso no se puede remediar; pero no los manifieste usted. Fínjase usted muy tranquila, y muy confiada... asi se saca siempre mejor partido.

Hipólita. Confianza, eh? no abusaria poco el muy taimado!... el muy monstruo!

Carolina. No lo crea usted. Un marido á quien persigue su muger, huye de ella: un marido de quien su muger finge no hacer caso, la busca. Y usted, siendo muger, ignora esto?

Hipólita. Con que eso sucede? Pues bien; verá usted como en adelante no le hago caso, ni le veo, ni le oigo!...

Carolina. Tampoco ese estremo. Ni perseguirlo, ni huir de él. Un justo medio!

Hipólita. Bien: voy á meterme en el gabinete, y á esperarlo. Pero como no venga pronto!... (*Entra en el gabinete de la derecha, y desaparece adentro.*)

Carolina. Anda con Dios: aqui te encierro para dar principio á mi plan. (*Echa la llave y la quita.*)

ESCENA IV.

CAROLINA. MORAN. CONSTANZA.

Carolina. (*Yendo al foro y haciendo señas.*) Chit... vengan ustedes, ya estoy sola.

Moran. (*Saliendo con miedo.*) He visto al enemigo retirarse.

Carolina. Sí: se ha marchado.

Moran. Y ha hecho usted ya las enmiendas en nuestros papeles?

Carolina. Sí; era cosa ligera. En dándoles ustedes un par

de repasos, los saben como el padre nuestro. (*Les da los papeles.*)

Constanza. (*Con languidez.*) Bien está.

Carolina. Pero guarden ustedes el secreto que les he encargado; no hay que decírselo á nadie. Es una sorpresa que le quiero preparar á mi marido para el dia de su santo, que es dentro de ocho dias. Abriremos nuestro teatro con esta pieza mia.

Moran. Pero, dígame usted: la pieza no tiene mas que una escena? porque hasta ahora nadie tiene papel, que yo sepa, mas que nosotros dos.

Carolina. Los demas papeles son insignificantes, y los repartiré despues, para que no se trasluzca nada.

Moran. Ya!

Carolina. Y cuidado; que nadie les vea á ustedes estudiar... Ea, dentro de media hora vienen ustedes á esta sala, y me esperan para que ensayemos esa escena.

Constanza. Pues me voy á estudiar á mi cuarto. Conque, Moran, dentro de media hora, aqui.

Moran. Yo tambien me voy á estudiar... (*Yendo hácia la derecha.*) No, á mi cuarto no. Media vuelta á la derecha. (*Se va por el foro.*)

Constanza. Carolina, he dejado ir á Moran, porque tenia que hablar á usted.

Carolina. Está usted triste, Constanza.

Constanza. Me muero de fastidio. No vé usted la frialdad de Pablo?

Carolina. Consiste en que usted le aburre, Constanza. En lugar de manifestarle zelos, inquietud, por su frialdad, afecta usted una indiferencia... Ese es muy mal camino.

Constanza. Yo... Cuando él no me habla, no le hablo: cuando no me busca, no le busco.

Carolina. Pues bien, hija mia, hace usted mal. Ese no es el medio de atraerlo. Muchas veces un marido, para asegurarse del cariño de su muger, finje andar distraido: y cree usted que le halagará el hallarla indiferente, cuando creia ponerla zelosa? Semejante conducta los irrita, los desespera.

Constanza. Yo no tengo genio de ir á buscar á nadie.

Carolina. Pues ese método...

Constanza. Y si quiere á otra?

Carolina. El modo de atraerlo, es dispertar en él remordimientos, á fuerza de cariño y amabilidad. Qué dos estremos! La muger de Moran es demasiado zelosa; y usted, Constanza, demasiado fria.

Carolina. Ay, Carolina! no crea usted que padezco menos que ella. A usted se lo diré en confianza: yo amo á Pablo, le amo con todo mi corazon!... y estoy disimulando y muriéndome al ver su indiferencia. Cuando alguna vez me hace algun cariño, no sabe usted el esfuerzo que me cuesta ponerle mala cara, y apartarlo de mí.

Constanza. Pues no, Constanza. Es menester un ten con ten... Ni prodigar el cariño á su marido, ni hacerle siempre desprecios. Siga usted este consejo, y verá usted qué buenos resultados dá.

Constanza. Bien, Carolina, haré lo que usted me dice, y veremos. (*Se va por el foro.*)

ESCENA V.

CAROLINA.

Llegó el momento crítico. Ahora necesito echar mano de toda la fuerza de voluntad que tengo para disimular y vencer los sentimientos de mi corazon. Pablo va á venir. Pablo!... el hombre que tanto he querido... y es preciso hacer que no conozca lo que pasa en mi alma... es preciso que la razon triunfe... que él, de su propia voluntad, se aleje de mí... que ame á su muger, y que no haya desde hoy riesgo en que nos volvamos á encontrar.—Aqui viene... á ver cómo domino mi agitacion... va en ello la felicidad de los dos... va en ello mi honor.

ESCENA VI.

CAROLINA. PABLO.

Pablo. (*Agitado.*) Aqui estoy, Carolina... estamos solos?

Carolina. Sí: he hecho que todos se marchasen: estamos solos en la quinta.

Pablo. (*Trémulo.*) Solos... Ah! sabe usted el delirio que me causa esa palabra?... Solos!... Solo yo al lado de la muger que amo... Solo!... al cabo de un siglo de privaciones y tormentos... Estamos solos, Carolina, y puedo decirla á usted...

Carolina. Nada, nada. Yo estoy convencida de la sinceridad de esas palabras.

Pablo. Ese es mi deseo.

Carolina. Y de la violencia de ese amor.

Pablo. Ah, sí!

Carolina. Pues bien; un amor verdadero es capaz de cualquier sacrificio. No le mando á usted por ahora que se ausente...

Pablo. No me seria posible.

Carolina. Pues por eso. Le pido á usted solamente que me escuche. Es mucho pedir?

Pablo. Hable usted, hable usted... Ya la escucho.

Carolina. Siéntese usted.

Pablo. Ah! la escucharé á usted de rodillas...

Carolina. No, Pablo: esa actitud no es propia de este caso: el que está de rodillas, ó da las gracias ó solicita: yo le he suplicado á usted que no solicite nada..... y en cuanto á gracias, creo que hasta ahora no tiene usted de qué dármelas.

Pablo. Ah! bien cierto es, Carolina.

Carolina. Pues siéntese usted.

Pablo. Ya me siento. (*Siéntanse los dos.*)

Carolina. (*Aparte, algo turbada.*) No sé cómo empezar.— Pablo...

Pablo. (*Devorándola con los ojos.*) Carolina!...

Carolina. Óigame usted sin mirarme.

Pablo. Sí: mejor será, para no interrumpir á usted. (*Se vuelve.*)

Carolina. (*Aparte.*) Pobrecillo... qué dócil es! — Pablo... (*Pablo vuelve la cara de repente, y la aparta al instante.*) Voy á referirle á usted una historia.

Pablo. Una historia?

Carolina. Sí.

Pablo. Carolina... una historia ahora!..

Carolina. Sí; para curarle á usted.

Pablo. (*Levantándose.*) Entonces es inútil que usted me la cuente.

Carolina. (*Levantándose.*) En ese caso, me retiro.

Pablo. (*Sentándose con prontitud.*) Ya me siento, y escucho.

Carolina. Es historia que no he leido, ni nadie me ha contado: la he visto... y aun he hecho papel en ella.

Pablo. En una historia de amores?

Carolina. Sí señor; papel de confidenta.

Pablo. Ah!... Ya escucho.

Carolina. Hace diez años, que una amiga mia estaba casada con un sexagenario, hombre maniático, raro, caprichoso... pero muy honrado.

Pablo. Y amaba á su marido? (*Mirándola.*)

Carolina. No por amor; pero sí por deber, por reflexion.

Pablo. Y por amor, no amaba á algun otro?

Carolina. Pablo, está usted interrumpiéndome y mirándome. (*Pablo se vuelve.*) Sucedió que cierto joven fue presentado y admitido en la casa.

Pablo. Ah!

Carolina. Era el modelo de los jóvenes! amable, instruido, pundonoroso... y de corazon muy sano; un joven, como hay pocos, que conocia el mundo, y sabia respetar sus leyes.

Pablo. Ya sé lo que va usted á decirme: que amó á su amiga de usted; pero tuvo valor para ocultar su pasion, y respetar el lazo que la unia á otro.

Carolina. No señor; la declaró su amor.

Pablo. Hizo bien.

Carolina. Lo cree usted así? Pues yo opino de otro modo; sin embargo, no se declaró sino al cabo de dos años de silencio y tormentos.

Pablo. Y aquella muger?...

Carolina. Yo era su confidenta: ella le amaba.

Pablo. (*Gozoso.*) Ah!... lo ve usted?

Carolina. Poco á poco. Ella tuvo bastante juicio para disimular su amor, para encerrarlo en su pecho: prohibió al joven que le hablase de semejante materia, y le hizo que se ausentase.—Ya lo vé usted!—El joven obedeció.

Pablo. Y no volvió mas? Entonces su amor no era mas que una farsa!

Carolina. Volvió... al cabo de algun tiempo.

Pablo. (*Gozoso.*) Ah!... lo ve usted?

Carolina. Habia padecido mucho: el desconsuelo y la desesperacion estaban pintados en su semblante: así llegó inesperadamente, y se presentó ante la muger que amaba.

Pablo. Y aquella muger inexorable...

Carolina. Aquella muger?... no pudo resistir á tanto amor.

Pablo. (*Levantándose gozoso.*) Ah!..! lo ve usted?

Carolina. (*Levantándose.*) Pablo! quiere usted escucharme ó no?

Pablo. Pero si ya está concluida la historia... Fueron felices, y...

Carolina. Felices? No, Pablo, eso era imposible; porque los dos, sin causa ninguna, sin el menor pretesto, si es que puede haber jamás pretesto que disculpe semejante accion, habian ultrajado á un hombre... y á un anciano, Pablo!.. á un anciano... que es doble villanía.

Pablo. Ultrajado!..

Carolina. Sí, señor!... los dos habian cometido un delito mucho mas grave que la calumnia y el robo; porque el robo se repara por medio de la restitucion; la calumnia por una retractacion pública; pero aquel ultraje hace morir cercado de remordimientos al que lo comete, y de dolor y de odio al que lo recibe.

Pablo. Leyes bárbaras é injustas que ha hecho la sociedad... pero el amor lo compensa todo.

Carolina. Déjeme usted acabar. — El joven, que aun hoy dia se ve apreciado por su talento y su probidad, y que merece serlo, obedeció á la ley constante de la naturaleza: se cansó de amar á aquella muger, y despues de tres años se separaron.

Pablo. Cómo!...

Carolina. Y vea usted que desenlace tan poco romántico, tan prosáico, tan vulgar! No hubo furores, ni hubo sangre, nada!... y el público que acaba siempre por saberlo todo, supo lo que habia pasado. El marido no se separó de su muger, pero la desprecia: la sociedad alterna con aquella muger, pero la desprecia; y su amante, que hoy está ya casado, y que despreciaria á su muger si cometiese semejante falta, es demasiado lógico para no despreciar tambien á su antigua querida.

Pablo. Cómo! el jóven fue tan villano...

Carolina. Qué quiere usted... El pobre se creyó de buena fé que la amaria siempre, y se encontró con que ya no la amaba.

Pablo. Pero la delicadeza le imponia...

Carolina. Hola! conque usted admite que en este mundo hay algo mas que el amor?... hay deberes que cumplir?

Pablo. Seguramente.

Carolina. Y quiere usted que le diga yo cuales son los del hombre casado?

Pablo. Señora!

Carolina. Respóndame usted, Pablo: qué opinion tendria usted de su muger si se pareciese?...

Pablo. No me pregunte usted nada..... yo no sé nada!.... nada!... sino que la amo á usted!... que la amo á usted con delirio... que la amo á pesar de cuanto usted me diga... Es un destino... una fatalidad!.. Cómo ha de ser!

Carolina. Cómo es eso! Si Constanza tuviera un amante, lo sabria usted con indiferencia? veria usted á sangre fria un hombre á los pies de la muger que le pertenece á usted? de la muger que es depositaria de su honor? Les oiria usted sin indignarse que se decian palabras de amor? Si eso fuese así, Pablo, ya sabia yo lo que debia pensar acerca de su pundonor y su nobleza de usted!

Pablo. Usted trata de alucinarme!... pero ya lo he dicho; si usted me rechaza, la desesperacion...

Carolina. (*Aparte. Mirando al reloj.*) Ya ha pasado la media hora.—Pablo, por Dios! modérese usted... hable usted mas bajo!.. puede oirnos alguno...

Pablo. Ah! Carolina!

Carolina. (*Mas blanda.*) Ay! Pablo!

Pablo. Por usted no quisiera que nos sorprendiesen...

Carolina. Pues pasemos á ese gabinete...

Pablo. Ah!...

Carolina. Pero prométame usted ser dócil y respetar á la muger que ama...

Pablo. (*Fuera de sí.*) Sí, sí!... lo prometo todo!...

Carolina. (*Aparte.*) Ya los siento venir... — Vamos... Sígame usted. (*Entra en el gabinete de la izquierda. Pablo la sigue loco de placer.—Aparece Hipólita en el ga-*

binete de la derecha con canastillo de labor.—Moran y Constanza salen por el foro, con sus papeles en la mano, y observan si alguien los ve.)

ESCENA VII.

MORAN *y* CONSTANZA. HIPÓLITA *en el gabinete de la derecha.* PABLO *y* CAROLINA *en el de la izquierda.*

Hipólita. Pues señor, vamos haciendo labor mientras viene ese ingrato. (*Se sienta.*)

Moran. (*A Constanza.*) No hay nadie; estamos solos.

Constanza. Aqui nadie nos sorprenderá.

Hipólita. (*Oyendo.*) Santo Dios! El es!...

Pablo. Es la voz de mi muger!.. vamos á esa otra pieza.

Carolina. Está cerrada por dentro.

Pablo. Qué contratiempo!

Moran. (*Aparte.*) Siempre se me olvida como empieza.—(*Mira el papel de cuando en cuando, y repite de memoria.*) «Por fin, alma mia, nos vemos solos... solos.... Esta entrevista con tantas instancias pedida, y tan ardientemente deseada... deseada...

Hipólita. (*Escuchando.*) Ay, Dios mio!

Pablo. (*Escuchando.*) Qué es eso!

Carolina. (*Aparte.*) Perfectamente.

Constanza. (*Mirando tambien el papel á veces.*) «Si, bien mio!.. he tenido la debilidad... la debilidad de acceder á ella para... para decirte...

Moran. (*Haciéndola callar.*) Chit!.. (*Va al foro á ver si viene alguien.*)

Hipólita. (*Aparte.*) Ay, que es Constanza!

Pablo. (*Aparte.*) Cielos! con Moran!

Carolina. (*A Pablo.*) Una pasion como la de usted!

Moran. (*Vuelve recitando.*) «Y qué podrás decirme, ingrata, que justifique esa indiferencia hácia el amor mas sincero... mas sincero... mas profundo... mas tierno... mas eterno... mas... mas... que ha abrigado jamás corazon alguno?

Hipólita. Bribon! bribon!! (*Oliendo un pomito.*) Ay!...

Constanza. «Le diré á usted, caballero, que usted está unido con lazos indi... indisolubles á otra muger.

Pablo. Bien dicho.

Carolina. Pues eso es lo mismo que yo le decia á usted!
Pablo. (*Cortado.*) Sí, sí... (*Aparte.*) Qué situacion!
Moran. «A otra muger... á otra muger!... Sí, eso es verdad... estoy encadenado á una muger... estoy amarrado al potro!...
Hipólita. (*Aparte.*) Al potro!... Infame! me llama potro!
Moran. «Si mi muger fuera dulce y amable... dulce y amable... (*Aparte.*) Se me resisten estas dos palabras!— «Dulce y amable... y si por otra parte tu marido no te ultrajara, engañándote villanamente... no me hubiera yo atrevido á amarte...
Hipólita. Cómo trata de disculparse!
Constanza. «Sí, es cierto... sí... es cierto... me abandona... me engaña...
Moran. «Y te desprecia... y te desprecia... y... (*Vuelve la hoja.*)
Pablo. (*Agitado.*) Ah! qué infamia!
Carolina. Ya no me habla usted de su amor?
Pablo. El deseo de venganza conozco que lo aumenta!...
Constanza. « Es cierto... me desprecia... me aborrece... Qué le he hecho yo, Dios mio! para que me trate con tanta crueldad?
Moran. «Y qué he hecho yo para merecer los huracanes en que se desata mi muger?
Hipólita. Mas mereces, bribon!
Moran. « Asi pues, alma mia, nada hay que no sea disculpable en nuestra pasion: todo la justifica... todo la autoriza... nos han puesto en el precipicio...
Constanza. «Pero yo temo...
Moran. «Qué temes?... Mi inconstancia? Yo te amaré hasta... hasta el último suspiro.
Constanza. «Pero mi esposo...
Moran. «Y qué te importa tu esposo?... qué me importa á mí mi esposa? Qué nos importan esas dos imágenes de la preocupacion social? (*Paseándose y mirando los cuadros.*) Ven... ven á mis brazos... dulce objeto de mi volcánica pasion!... El tiempo huye... la vida pasa... y la epoca de la felicidad y los placeres desaparece como un relámpago! Atropellemos esas leyes bárbaras é injustas!...
Pablo. Villano! villano!
Carolina. (*Aparte.*) Ni se acuerda ya de que me tiene aqui!

Moran. No me respondes, ingrata?... me dejas amar á mí solo?... quieres verme morir?... serás satisfecha!... voy á arrojarme... (*Se sienta.*)

Constanza. (*Al otro estremo de la sala.*) Detente!.. qué haces!... Ven... ven!... mi amor triunfa de mis deberes!... Ven á mi corazon! (*Rascándose.*)

Moran. (*Levantándose, y andando en direccion opuesta.*) Sí!... sobre tu corazon!... Aqui!... aqui!... aqui!... A Dios, mundo!.. mi mundo es este!... este angel de amor y de placer!... Yo no veo nada mas que á tí!... Amor mio!... ídolo mio!... Ay!... ay!... permanece asi... en mis brazos!... (*Abrazando una silla.*)

Hipólita. (*Gritando.*) Infame!... infame!...

Pablo. (*Furioso.*) Traidora!...

Moran. Chit!... Quién grita!... que nos pillan!... (*Echan á correr y se van por el foro.—Hipólita empuja con furia la puerta del gabinete, y viéndola cerrada, se va por dentro. Pablo rechaza á Carolina, que finge detenerlo, abre violentamente la puerta, y se lanza á la escena: mira en derredor, y se dirige al foro; pero Carolina le cierra el paso.*)

ESCENA VIII.

PABLO. CAROLINA.

Pablo. Dónde está ese miserable?... Dónde está esa infame?...

Carolina. Bien, Pablo, bien!... no olvide usted esas palabras que acaba de pronunciar!... son palabras que salen del corazon! El seductor es un miserable... y la que falta á sus deberes una infame! Usted lo ha dicho.— (*Riendo.*) Por fortuna, esto no ha sido mas que una escena de comedia.

Pablo. Comedia?

Carolina. Sí: Moran y Constanza estaban ensayando los papeles de una comedia escrita por mí.—Pero en adelante, Pablo, ya lo conoce usted!... cada palabra de amor que salga de sus labios de usted, será una injuria hácia mí! Nuestras relaciones no deben ni pueden ya ser sino de aprecio, de estimacion... y si usted quiere

de amistad íntima y pura. A ese precio, le ofrezco á usted el perdon, Pablo!

Pablo. (*Profundamente afectado.*) Bien, señora!... desde mañana... bajo cualquier pretesto... me marcharé de aqui. Pero antes... dígame usted que es feliz... para que yo tambien lo sea!

Carolina. Feliz?.... Pablo, el que cumple con sus deberes, siempre es feliz!—Sí, soy feliz!... soy feliz!... porque puedo ya alargarle á usted la mano y decirle... Pablo... soy su amiga!

ESCENA IX.

DICHOS.—MORAN. HIPÓLITA. CONSTANZA.

(*Hipólita trae á su marido de una oreja. Constanza quiere aplacarla.*)

Hipólita. No te escaparás, pícaro.—Pablo, aqui le traigo á usted al seductor para que le descuartice! Este está haciendo el amor á su muger de usted.

Constanza. Es una calumnia!

Hipólita. Mátele usted, mátele usted!... Hágame usted ese favor!... Mejor le quiero muerto que infiel!

Carolina. Eh! poco á poco... que lo que yo he escrito es una comedia, y no un drama que acabe con muertes. Vengan los papeles. (*Toma el de Constanza y se le dá á Pablo.—Toma el de Moran y se la da á su muger.*)

Hipólita. Qué es esto!... papeles de comedia...

Carolina. Compuesta por mí para celebrar los dias de mi marido.

ESCENA X.

DICHOS.—BELANCOUR. BELTRAN.

Belancour. Vamos, hombre, no te alborotes.

Beltran. Hija mia; yo no puedo mas... vengo de pescar, y no encuentro ni el agua de achicorias... ni la bata... ni los criados...

Carolina. Cuando se tienen huéspedes, es preciso sacrificarse un poco. Yo no puedo atenderte como antes.

Beltran. No puedes atenderme?

Carolina. (*Aparte á Belancour.*) Todo va bien. Pablo está curado.

Belancour. Tiene razon Beltran: hace ocho dias que estamos aquí fastidiándole. Mañana nos vamos, señores. A Paris... á divertirnos.

Beltran. Oh! dicen que está Paris ahora... oh! hecho un paraiso.

Hipólita. (*Que ha estado leyendo el papel, dice á su marido.*) Y no añadias tú nada de tu cosecha?

Moran. Pues no sabes leer?

Hipólita. Vaya... picaroncillo! dame un abrazo!

Moran. No señora! No lo merece usted... veremos... si mas tarde... (*Aparte.*) Lo mas tarde posible.

Hipólita. (*Aparte á Carolina.*) Seguiré su consejo de usted; no volveré á darle zelos.

Carolina. Bien hecho.

Hipólita. (*Abrazando á Moran que está aterrado.*) Hijo mio!

Constanza. Desde hoy le haré mas caso.

Carolina. (*Echándola en brazos de Pablo.*) Amele usted, que lo merece!

Belancour. (*A Beltran.*) Qué muger tienes!

Beltran. Como no se encuentra otra!

Carolina. Qué disparate! Como yo hay muchas.... El mundo no es tan malo como parece!

FIN DE LA COMEDIA.

MONTANER Y SIMON, EDITORES.—BARCELONA

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDOS PROFESORES ALEMANES BAJO LA DIRECCION DEL EMINENTE HISTORIÓGRAFO

GUILLERMO ONCKEN

HISTORIAS GENERALES DE LOS GRANDES PUEBLOS - ESTUDIOS DE LAS GRANDES ÉPOCAS—MONOGRAFÍAS DE LOS GRANDES HECHOS—BIOGRAFÍAS DE LOS GRANDES HOMBRES

Traducción directa del original aleman por reputados escritores, conocedores particulares de los respectivos tiempos